

Ricardo Vicente López

*Nosotros los civilizados ...
ustedes los bárbaros –
un cuento de los historiadores*

Una revisión histórica de los conceptos y prejuicios
que legitimaron la dominación

I.- Aclaración necesaria

«Hoy la humanidad dispone de un conocimiento acumulado y de herramientas inéditas que le permiten analizar y solucionar problemas cada vez más complejos. Sin embargo, nunca ha estado tan cerca de su autodestrucción y tan confundida».

Mónica Peralta Ramos – Licenciada en Sociología y doctorada en esa disciplina por la Universidad René Descartes de Ciencias Humanas de la Sorbona, en París.

Los dos conceptos que conforman el título de este trabajo: civilizados y bárbaros, condensan siglos de historia, pensada y narrada desde la mirada del conquistador. Tal vez, amigo lector, Ud. suponga que el orden debiera ser inverso, respetando el tiempo histórico: sería otro modo de presentar el tema. Lo que yo deseo afirmar es que para que haya *bárbaros* debió haber *civilizados* que los sometan y califiquen así. Son estos, los civilizados, los que, en su calidad de vencedores, califican a los *vencidos* como *bárbaros* y aptos para ser esclavizados. Siempre fue el vencedor quien, en cada etapa de esa historia, ordenó en su relato el *sentido* y el *significado* de los acontecimientos y el *propósito* del camino trazado. Desde esa *superioridad asumida* se apropió del derecho a comportarse como un *civilizador* y todo lo que ello supone y encubre. Los babilónicos, los persas, los griegos, los romanos, para nombrar sólo algunos de los actores fundamentales de la Antigüedad, justificaron sus conquistas sobre aquellos a los que calificaron de *bárbaros e inferiores*. A partir de la Modernidad, con el descubrimiento de las Nuevas Tierras, los categorizaron a sus habitantes como los *salvajes*, los *incultos*, los *incivilizados*, los *semi-humanos*, etc.

La dualidad de esa polarización, que el juego del poder fue reconfigurando en cada etapa, convirtió al conquistado en una categoría sojuzgada que padeció, como precio de la derrota, una amplia gama de tributos: desde el pago en bienes, pasando por el trabajo en servidumbre, hasta la esclavitud. En los siglos XVII y XVIII comenzó a elaborarse, desde el centro de poder europeo, una especialidad narrativa que se haría cargo de presentar, para las generaciones posteriores, un *relato*. La Historia —con mayúscula— se encargaría de la responsabilidad de producir una justificación de todo lo actuado, con pretensiones legitimadoras. Todo ello conformó lo que se conoció como la *Historia Universal*, narrada desde la mirada ubicada en el centro del mundo; para el caso de los occidentales.

Una explicación de este proceso podemos leerla en un trabajo de la Profesora Blanca Irais Uribe Mendoza, Doctora en Historia y Filosofía de la Ciencia (UNAM), miembro del Instituto de Investigaciones de esa Universidad, en un artículo titulado *La ciencia de la historia: ¿Qué es y para qué?*.

«La historia como una disciplina del campo de las ciencias sociales reconstruye el pasado a partir de documentos y evidencias (de tipo material y oral) que son clasificadas, valoradas, interpretadas, cuestionadas y conectadas con otros hechos, que se someten a un análisis crítico con la intención de comprender y explicar las dinámicas de las sociedades del pasado.

La intención del historiador al ejecutar esta tarea, es *responder preguntas muy concretas que surgen desde el presente y se plantean a partir de las necesidades de su tiempo*. Por lo tanto, la historiografía (que es la historia escrita desde la indagación y la reflexión del pasado) *narra, describe y explica el pasado a la luz del presente*».

Escapa a la definición de la Profesora detenerse a pensar sobre ese presente: ¿el presente de quiénes? ¿desde qué punto de vista se piensa y escribe? Un pensador, historiador, filósofo y teólogo brasileño, Leonardo Boff [¹] (1938), que cultivó y desarrolló el pensamiento crítico, propuso esta reflexión, «Todo punto de vista es una vista desde un punto». La sencillez de la frase tiende a dar por comprendido lo que expresa, sin detenerse a pensar detenidamente su contenido. Boff comentó que es habitual *dar por sabido qué es un "punto de vista"*, pero no se asume *que ese punto es definitorio para ver un cierto espacio que está a su alcance, pero que impide ver todo lo que escapa a la vista desde ese punto*.

Si asumimos la metáfora como un principio epistemológico (Los principios epistemológicos pueden ser formulados como *principios relativos a sistemas de opinión o a sistemas de información*, es decir, *sistemas que caracterizan los posibles estados* de conciencia condicionados por creencias, valores implícitos, etc., que pasan inadvertidos a la persona del investigador en un momento dado). Entonces, la auto-calificación de *occidentales*, muestra claramente que es desde ellos, desde donde se está y se piensa el resto del mundo, atribuyéndose un *valor universal que desprecia* la infinita variedad de las culturas humanas; ser occidental justifica calificar al resto de la historia del mundo desde una pretendida objetividad. Al pertenecer al este o al oeste, según esa *arbitraria centralidad* que se autodefine como "la normalidad", el resto queda calificado como "lo otro".

Cuando la historia escrita se refiere al *Occidente Moderno* está hablando, a partir de los siglos XVI y XVII, *de ellos, desde ellos y para ellos* con pretensiones de Historia universal. En esos tiempos, los territorios no entendidos como propios, estarían denominados como fuera de la historia. La historia de ese occidente, en los siglos XVI y XVII fue escrita desde "ese punto de vista": el supuesto centro del mundo, como si fuera la conciencia de esas personas *la única capacitada para imponer la comprensión correcta de mundo de entonces*. Esa versión fue *publicada* para uso de los cursos de historia en los manuales de las etapas iniciales. En las universidades adquirieron *la estructura científica que conformaron los programas de las carreras de Historia que aceptaron el ordenamiento centro-europeo: «prehistoria, antigua, media, moderna y contemporánea»* que, sólo, y en parte, reproduce la línea de la cultura occidental. Esta versión *ha ignorado*, por su soberbia, propia del *conquistador y dominador*, llamados luego los *civilizadores*, la historia de esos otros pueblos. Para poner tan sólo un ejemplo: la China milenaria.

Esta narración de los hechos se fue imponiendo como parte del discurso que estructuró esa ideología dominante, como *cultura civilizatoria*, y adquirió más tarde la aureola académica de reflejar los hechos con *metodología científica*, desplazando de ese modo cualquier otra narración

¹ Profesor de varias universidades de primera línea, de Brasil y del exterior, profesor visitante en las universidades de Lisboa (Portugal), Salamanca (España), Harvard (EUA), Basilea (Suiza) y Heidelberg (Alemania).

contradictora que pretendiera ofrecer otra mirada del pasado. Prueba de ello, en nuestro país, se puede encontrar en la tarea del *revisiónismo histórico*: ignorado o menospreciado por décadas desde *la versión liberal oficial*. La política educacional avaló esa línea que configuró la enseñanza de la historia en el ámbito educativo.

II.– *La aparición de las Nuevas Tierras*

El trabajo crítico de revisar los contenidos de las narraciones dominantes de la historia adquiere en el siglo XX, una importancia apreciable ante el reclamo de nuestra América. Este siglo XXI fue ganando espacio en los centros intelectuales que no se resignaban a ceder posiciones. Los ámbitos rebeldes fueron modificando las posiciones para recuperar, repensar, reelaborar el pasado de las luchas por la emancipación desde la mirada de los *derrotados de la historia*. Las revoluciones en los países que se fueron emancipando comienzan a reclamar que *se escuche su voz* en el concierto de los pueblos del mundo.

La tarea de la revisión, reparación, reconstrucción de las historias propias, pensadas y narradas desde el sentir de los pueblos indo-hispano-americanos, respondiendo a nuestros intereses, hace tiempo que ha iniciado el camino de su liberación, que se refleja en las nuevas investigaciones y escrituras. La demora se debe a la oposición pertinaz de las academias y universidades de renunciar al sometimiento ideológico de los *modos de pensar y hacer historias que se importan del mundo noratlántico*. Prueba de ello es que se siga hablando de *una historia precolombina y otra historia poscolombina* como si la llegada de Colón fuera un hito rescatable para la *emancipación de* nuestros pueblos. En la historia de Europa o de los Estados Unidos no existe ninguna narración que se cuente a partir de una derrota. *La celebración del Día de la Raza es otra prueba de esa actitud colonizada*.

Emprenderemos, entonces, un camino que nos permita llegar a la raíz de este tipo de problemas, para desentrañar los orígenes de este sometimiento ideológico como sostén legitimador de la colonización y el saqueo. La necesidad de liberarnos de la matriz intelectual de la dominación, nos irá permitiendo mirarnos en nuestro propio espejo que no nos desfigurará. Necesitamos ponernos de pie para emprender *la tarea fundamental de la lucha por la liberación de los pueblos de la periferia*. Eso nos permitirá romper el esquema que nos coloca en una periferia de ellos manteniendo el ordenamiento del conquistador.

Un hecho, ocultado por la información pública fue el encuentro en 1955 del *Movimiento de Países No Alineados* (MPNA o MNOAL), una agrupación de Estados conformada durante la Guerra Fría. El conflicto geopolítico e ideológico mundial de la segunda mitad del siglo XX, que se manifestó con el enfrentamiento indirecto entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, abrió un espacio nuevo para entonces.

Necesitamos reordenar el mapa ideológico ignorando los moldes colonizadores que, todavía, se nos infiltra subrepticamente en nuestras vidas. Esa es la intención de este trabajo, aportar en ese sentido.

III.- Una aproximación al tema

«El mayor triunfo de los poderes concentrados es someter a la sociedad en el desánimo y en el enojo, en la frustración y el descreimiento. Quieren convertir una situación global muy adversa en un fatalismo del que no hay salida».

Una larga tradición pedagógica nos ha habituado a aproximarnos al problema del pensamiento, es decir, a aceptar nuestro pensar como si se tratara de *una condición natural*: algo que hemos recibido, mejor o peor, con mayor o menor calidad. La formación que nos han ofrecido en los diversos niveles institucionales poco hace para que el pensar sea una tarea inquisitiva que no respete, sumisamente, ningún sistema de ideas por más venerable que sea. Todo ello se limita a ser un muestrario de los textos pensados y escritos por quienes han sido colocados en el altar académico. Si es nada más que ello, no debe resultar extraño, entonces, que se pretenda formular cierto tipo de preguntas cuyo objeto sea *el pensar mismo*. Esa es la actitud que nos propone la palabra de la Dra. Dina V. Picotti [2]. Leamos:

«Logos, la palabra griega para el pensar y el lenguaje, dice a los primeros pensadores que recuerda la filosofía, según autorizados intérpretes, *reunión de lo múltiple y lo diverso*. Es la articulación que el hombre, como ser inteligente, hace de la realidad el medio en el cual se encuentra para habitar la tierra, constituyendo un mundo y en este quehacer constituirse a sí mismo».

De aquí podemos recuperar la idea de que *pensar es un modo de ordenar lo diverso y múltiple de las cosas que habitan el cosmos* (en griego: *orden*). Ese orden es puesto por la mente humana cuya estructura, a su vez, es el resultado de la pertenencia a una determinada cultura. Digo, entonces, aquí, y lo repetiré más adelante, *se piensa desde un lugar* y es éste el que condiciona nuestro juicio, (*el pensar es una tarea siempre situada* como ya vimos en Boff).

Debemos agregar a ello el riesgo que se corre cuando esa cultura atraviesa las horas de su decadencia, porque la decrepitud la incapacita para advertir que los cambios continúan, aunque ella se congele en su mirar. Esto es el *conservadurismo: mirar el hoy desde la nostalgia de los tiempos idos*, es lo que impide apreciar el tiempo presente y el que adviene. Aquella vieja sabiduría griega nos habla a través de la afirmación de Heráclito [3] (535-484 a. C.): «Ningún hombre puede bañarse dos veces en el mismo río, puesto que mientras fluye ni él ni el río son lo mismo».

La advertencia apunta a tomar conciencia de que la realidad se nos impone como cambio, sobreviene, transcurre y es nuestro pertenecer a ella lo que nos obliga a pensar manteniéndonos

² Doctora en Filosofía por la Universidad de Múnich. Docente en la Universidad Nacional de General Sarmiento. Ha sido Decana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Morón y directora de su Instituto de Pensamiento Latinoamericano; Coordinadora de la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Matanza.

³ Filósofo griego apodado el Oscuro por el carácter enigmático de su pensamiento; muy poco se sabe de su biografía, que revistió a menudo su estilo, como lo testimonia un buen número de los fragmentos conservados de sus enseñanzas.

en correspondencia con *ese fluir del acontecer*. El anquilosamiento del pensar, el aferrarse a una mirada estática, *equivale, en gran medida, a la pérdida de la capacidad de saber y comprender*. La historia de los hombres nos muestra esto con suma claridad.

Por tal razón, lo que habitualmente denominamos "cultura" hace referencia a aquel *comienzo del cultivar en el neolítico* [4]. Asumir esta definición nos impone no soslayar el peso del *componente natural que encierra el concepto cultura*, en tanto se debe asumir *la realidad como una totalidad*. *Ha sido el hombre cultivando la tierra el que se fue cultivando a sí mismo*, enunciado que hoy sigue expresando el crecimiento interior de cada uno de nosotros. De allí que *la heterogeneidad de los modos del pensar sea el reflejo de las diferencias territoriales, comunitarias y personales*. De ellas emerge la amplia gama de las peculiaridades de los hombres y mujeres de los pueblos. Dicho esto, debo dejar afirmado, como verdad a partir de la cual se va a ir construyendo toda esta investigación: hablar de la cultura en general es un modo abstracto que pretende abarcar todas las formas históricas que se han dado a lo largo de milenios. Por lo cual, para ser más precisos, debemos utilizar el vocablo siempre en plural: culturas.

Con ello digo ahora que *una cultura es siempre un modo particular de habitar un espacio en un territorio* y en un tiempo, por ello es también siempre *un modo particular de pensarlo*. Equivale a decir que *la conciencia que habita un espacio es conciencia de ese espacio*, por él y a partir de él ve y piensa. De este modo podemos comprender a Carlos Marx (1818-1883) cuando afirma: «*No es la conciencia la que determina la vida del hombre, sino la vida del hombre la que determina su conciencia*». Es la vida del hombre, *vida que se da siempre en un tiempo y en un lugar*. Es esta una cualidad identificatoria, pero es, asimismo, una limitación que inhibe la posibilidad de un conocimiento universal.

Para decirlo de otro modo: el hombre es un ser finito cuya limitación se manifiesta en la imposibilidad de abarcar con su percepción y su conocimiento algo que vaya más allá de la porción de realidad que está a su alcance, en la cual vive. Ya veremos que el *universalismo cultural* ha sido *una forma engañosa de imponer como tal a sólo una particularidad*. El universal, pensado como abstracción, *es un concepto muy pobre dado que debe despojarse de la enorme cantidad de particularidades que se expresan en cada individualidad, personal o colectiva, para abarcarlas todas bajo ese enorme paraguas cuasi vacío*.

Desde el famoso «pienso, luego existo» cartesiano [5], comenzó a entenderse el "pienso" como un hecho que debe aceptarse como tal y en tanto puede, en apariencia, fundamentar la existencia del pensador, habilita a construir una filosofía: *el racionalismo*. Es ésta la que admite que se le formulen preguntas, mientras que el "pienso", según esta filosofía, es poco más que *un instrumento neutro utilizado para conocer*. Cuando todavía el conocimiento no se hallaba constreñido por el corsé del método empírico de las ciencias físicas, que alteraría esta concepción.

⁴ El Neolítico es el último de los períodos de la antigüedad; se le dice período neolítico (piedra nueva) última etapa de la Edad de Piedra: comenzó entre el 6000 a.C. y el 4000 a.C., según las diferentes culturas que lo alcanzaron, y se extendió hasta el 3000 a.C.

⁵ Referencia a Renato Descartes (1596-1650) filósofo francés, padre de la filosofía moderna, uno de los nombres más destacados de la revolución científica.

No pasaría mucho tiempo para que así se impusiera. Ese pensar podía ubicarse en una dimensión metafísica —en el sentido estricto de su etimología griega (*meta*= 'más allá'; *física*= 'el orden de las cosas materiales')— desasido así de todo contexto que lo condicione, y lo limite. Proclamaba para sí una libertad abstracta que pretendía liberarse de las ataduras de su tiempo y espacio (imposible de saber para su época). Sus conclusiones pueden adquirir, de este modo, un valor universal y dirigirse a todo el mundo, una especie de "urbe et orbi" [6]. Ese valor del pensar se mide por sus contenidos y por la autoridad de quienes lo exponen. Me atrevería a decir, si se entiende lo ya dicho, que es esta la historia de la filosofía con que nos forman, a la que podemos definir como la "tradición pedagógica".

IV.- El despertar de la actitud crítica

«No hay revolución perdurable sino en cuanto se proyecta hacia lo futuro mediante una educación inspirada en la nueva concepción del hombre, de la vida y del orden social»

Claudio Altamirano – educador y escritor argentino

Debió pasar mucho tiempo, nada menos que cinco siglos, y fue necesario que la conciencia de algunos pueblos comenzara a despertar, para que el estatus inmovible que había adquirido ese modo del pensar, pretendidamente universal, diera lugar a la aparición de algunas sospechas. Se abrieron algunas grietas por donde se introdujo, tímidamente al principio, la duda, que ya no era la de Descartes, sino la que ponía en cuestión la existencia misma de algunas verdades. Esa duda permitió que algunos se atrevieran a preguntar por los modos del preguntar mismo, por su propia validez, desafiando y cuestionando toda una tradición del pensamiento. Volvamos a Picotti:

«El camino de ida de la civilización universal fue seguido por desconocimientos y devastaciones demasiado grandes, evidentes y dolorosas, que provocaron un camino de regreso en el que los pueblos lucharon por su independencia y en el que se destacó su alteridad, a pesar de su aparente homogeneización. Junto a las luchas por la liberación política y económica, dentro del juego de posibilidades del mundo contemporáneo, se da una más importante por cuanto fundamenta a las demás, y es el empeño en arraigarse en las propias identidades históricas, en valorarlas y explicitarlas, en asimilar desde ellas los valores de la civilización, que sólo entonces podrán serles beneficiosos y no convertirse en instrumento del olvido de sí o de sojuzgamiento».

Al descubrir la historia de los ocultamientos —algunos ingenuos otros culpables— se abrió un cauce a preguntas como: ¿qué es la filosofía?, ¿qué es eso del pensar?, ¿se puede preguntar por la razón de ese pensar?, ¿no es ese pensar nada más que la acción de introducirnos en sólo ciertos temas y preguntas acerca del universo y de las cosas que nos circundan? Acaso ¿se puede

⁶ Palabras en latín que significan "A Roma y al mundo" (literalmente, "a la ciudad y al mundo"). Era la fórmula habitual con la que empezaban las proclamas del Imperio Romano. En la actualidad, es la bendición más solemne que imparte el Papa, y sólo él, dirigida a la ciudad de Roma y al mundo entero.

pensar el pensar, o es nada más que uno de los tantos falsos problemas que nos proponen algunos profesionales de la especialidad para justificarse?

En tanto el pensamiento se aceptara como una de las funciones del organismo humano, una capacidad fisiológica con que se ha constituido nuestra especie, el tema no sería diferente del que nos presenta nuestro sistema circulatorio o nuestro aparato digestivo. Equivale a decir una investigación más sobre las características de lo humano —un tema técnico— por el cual el ser humano es lo que es. Este modo de preguntar inhibe avanzar con libertad sobre modos más profundos del preguntar.

Sin embargo, desarrollar el ejercicio de ese otro tipo de preguntas se fue convirtiendo en un torrente irrespetuoso que nada dejó sin revisar del antiguo saber canonizado; colocó sobre la mesa de *los nuevos artesanos del pensar* todo lo que había sido recibido pasivamente, casi dogmáticamente, convertido ahora en piezas desarmadas que podrían luego ser o no, parte de la arquitectura del nuevo pensar que se comenzaba a reconstruir. Apareció así este nuevo modo del pensar, *el pensar desde la periferia*, que fue armando un conjunto de ideas y que se reconoció como *perteneciente a una cultura, a un lugar, a un pueblo*. Dice con agudeza Dina V. Picotti:

«A nosotros, latinoamericanos, formados en la filosofía y poco, escasamente, en el pensar abrigado por nuestro modo de vida, constituido por el mestizaje de culturas autóctonas y otras advenidas a este pródigo suelo, se nos impone de manera impostergable *la tarea de saber pensar y actuar desde nuestra amplia y compleja experiencia histórico-cultural, para poder ser nosotros mismos y al serlo cumplir nuestro rol en la historia universal*. Tarea seductora, porque responde a las aspiraciones e impulsos más íntimos y resistentes de nuestra identidad, y a la vez dificultosa, por cuanto *supone abrirse caminos adecuados hacia ella, a la que apenas conocemos y valoramos*, o bien en parte conocemos, valoramos y formulamos, pero sin obtener suficiente reconocimiento, por lo cual se requiere hacerlo dialogando con los pensamientos dominantes en el mundo hodierno».

Estas palabras están dando testimonio de un camino dificultoso, lleno de sorpresas, que nos va advirtiendo de que nuestra infancia filosófica, esa que se reconoce en la identidad paterna de la herencia del Occidente moderno, debe quedar atrás. *La madurez del pensamiento debe asumir el riesgo de salir del útero del pensamiento centroeuropeo que nos abrigó, nos estimuló, hasta en algunos casos nos premió, pero al mismo tiempo nos sometió*. Debimos pagar el precio de ser una especie de versión duplicada de ellos para ser reconocidos como pensantes, al presentar nuestra capacidad colonial de pensar, de no hacerlo se afrontaría *el riesgo de ser arrojados a la barbarie, por haber transgredido las reglas de la academia*.

La Dra. Picotti habla de mestizaje lo que, por mucho tiempo (y no ha desaparecido del todo), causó horror en las huestes de los profesores de filosofía de la periferia. Se podía reconocer como estando en esa periferia, *pero no como perteneciente a ella*, puesto que esta condición descalificaba para la mirada de los "maestros" del Norte. Si hablamos de estar, pero no de pertenecer, ¿cómo aceptar la posibilidad de un pensamiento mestizo?, ¿qué extraña puede ser esa cosa híbrida entre racionalidad clásica y pensamiento mágico? El pensar filosófico, sentado

en el trono occidental, dictamina quién es y quién no, *desde la racionalidad "blanca, rubia y de ojos celestes"*^[7], *y ese juicio es todavía inapelable*. Por ello, nos dice esta pensadora:

«A 500 años del descubrimiento de América por Europa, resta aún por cumplirse adecuadamente la tarea de des-ocultar a América desde ella y evidenciar de ese modo su importancia para la historia universal, siguiendo el camino abierto por muchos pensadores nuestros que permanecen poco menos que desconocidos».

Triste historia de aquellos que se atrevieron a la desobediencia y a la rebeldía. A pesar de todo ello, nos señalaron un camino como tarea apenas comenzada, que debemos retomar como un imperativo de la liberación de nuestros pueblos. Agrega, por ello:

«Esta tarea se integra, a su vez, *en la tarea más amplia de des-ocultar la historia real de la humanidad, que es la constituida por todos los pueblos, desde ellos*; pensar dejándose reivindicar por sus experiencias y articulaciones, reunir las en un logos que se configurará como totalidad abierta, recreándose con la vida misma del hombre y sus diferentes culturas. *América, como confluencia de razas y culturas, tal vez sea un lugar particularmente propicio para urgirla*. Quizás sea la nueva oportunidad del Espíritu que mentaba Hegel, cuando supiese decir su palabra propia».

Es conmovedor y entusiasmante leer estas palabras que *convocan a hacernos cargo de nuestra situacionalidad americana* tanto tiempo ninguneada, ya que no ha tenido cabida en el vuelo del Espíritu hegeliano que remontó su camino en el Viejo Oriente para, finalmente, aposentarse en la Europa burguesa del siglo XIX. No debemos olvidar que Jorge G. F. Hegel [⁸] (1770-1831), el pensador más profundo de la burguesía moderna, exige a cada pueblo, para su entrada en la historia universal, la existencia del Estado Político y la organización jurídica de la propiedad privada. Sin estos requisitos mínimos, son arrojados al estado de naturaleza, a la prehistoria.

IV.- El juicio de un burgués sabio

«La humanidad empezará verdaderamente a merecer su nombre el día en que haya cesado la explotación del hombre por el hombre».

Julio Cortázar (1914-1984)

Es necesario recurrir a Hegel, porque podemos encontrar en él la síntesis del pensamiento europeo burgués, expresado incomparablemente:

«Lo único propio y digno de la consideración filosófica es recoger la historia allí donde la racionalidad empieza a aparecer en la existencia terrestre; no donde sólo es todavía una posibilidad en sí, sino donde existe un Estado, en el que la razón surge a la conciencia, a la

⁷ Modo de hacer referencia a la cultura noratlántica, en contraposición al mestizaje americano.

⁸ Filósofo alemán. Estudió Filosofía y Teología en Tubinga. Se dedicó a la enseñanza privada varios años y fue docente privado en Jena, en 1791, y rector del Gimnasio de Nuremberg en 1809, pasando a la Universidad de Heidelberg, en 1816, y a la de Berlín, en 1818.

voluntad y a la acción. La existencia inorgánica del espíritu, la brutalidad... feroz o blanda, ignorante de la libertad, esto es, del bien y del mal y, por tanto, de las leyes, no es objeto de la historia... Los pueblos pueden llevar una larga vida sin Estado, antes de alcanzar esta determinación. Y pueden lograr sin Estado un importante desarrollo, en ciertas direcciones. Esta prehistoria cae empero fuera de nuestro fin. Son pueblos de conciencia turbia... Lo único propio y digno de la consideración filosófica es recoger la historia allí donde la racionalidad empieza a manifestarse en su existencia terrestre».

Queda expresado, con toda claridad, qué clase de pueblos deben ser considerados parte de la historia, el resto queda fuera y, por lo tanto, tierra de nadie, subordinados a los hacedores de la historia, es decir, a los conquistadores europeos. Los que quedan fuera de la historia no merecen la categoría de humanos, son conquistados como parte de la naturaleza:

«En la naturaleza no sucede nada nuevo bajo el sol; por eso el espectáculo multiforme de sus transformaciones produce hastío. Sólo en las variaciones que se verifican en la esfera del espíritu surge algo nuevo... el hombre tiene una facultad real de variación y además... esa facultad camina hacia algo mejor y más perfecto, obedece a un impulso de perfectibilidad».

En los comentarios a la traducción al español de la obra de Hegel, la Filosofía de la Historia Universal, José Ortega y Gasset [⁹] (1883-1955) propone algunas reflexiones sobre esta importantísima investigación filosófica, que son parte de lo que debemos revisar. Ortega llama la atención del público español sobre el hecho de que, para el ilustre alemán, la historia sólo debe ser entendida como lo acontecido, lo pasado; pero este pasado sólo es histórico a partir de la aparición de esa organización política que coloca como mojón fundante: el Estado. Esta afirmación nos es muy útil para entender cómo nos ven y, en gran parte, siguen viéndonos los noratlánticos.

Hegel remite América a la historia natural, equivale a decir a la no-historia, denominada con toda desaprensión: la prehistoria, lo anterior a la historia, lo que indica con toda claridad que los habitantes de esos territorios no pueden ser considerados humanos —¿serían una especie intermedia de quasi-animales, antecedentes del hombre-civilizado?—. Pero, préstese la debida atención a su descripción de América que tiene como destinataria a la del Sur, es la América de la «conciencia turbia», la del Río Bravo hacia el sur. La otra América, la del Norte, queda excluida para Hegel de estas consideraciones. En esos territorios naturales — es decir sin propietarios, sin hombres, en tanto para la burguesía persona y propietario eran conceptos correlativos y dependientes—, la conquista es la misión que les corresponde a los pueblos superiores. Define Ortega:

«Hegel padecía una especie de patriotismo protestante y detestaba el catolicismo: "Si ahora comparamos la América del norte con Europa, hallamos allá el ejemplo perenne de una constitución republicana... Dos hechos de continuo elogiados en la vida pública son: la

⁹ Filósofo y ensayista español. Doctor en Filosofía de la Universidad de Madrid. Entre 1905 y 1907 realizó estudios en Alemania: Leipzig, Núremberg, Colonia, Berlín y Marburgo. De regreso a España es nombrado profesor de psicología, lógica y ética de la Escuela Superior de Magisterio de Madrid y gana la cátedra de metafísica de la Universidad Complutense de Madrid.

protección de la propiedad privada y la casi total ausencia de impuestos. Con esto queda indicado el carácter fundamental; consiste en la orientación de los individuos hacia la ganancia y el provecho, en la preponderancia del interés particular”, afirmaba».

La idea que se fue haciendo el hombre europeo de sí mismo y de su papel en el mundo encuentra en estas palabras su definición más precisa. La actividad del hombre, en tanto tal, propietario y conquistador, es la que se encarna en el espíritu de empresa, en el afán de aventura, en la voluntad de someter y saquear, “obedece a un impulso de perfectibilidad”. Muy lejos está esto del puro estar no más del indígena, tan cercano a la contemplación del monje o del sabio oriental; responde, según lo afirmado por el conquistador, al estado del cuasi-hombre en medio de la naturaleza, en la que “no sucede nada nuevo bajo el sol”.

La contraposición entre la cultura europea y la cultura indo-americana, entendida ésta como naturaleza (no-cultura) convertía a esta última en objetos sin hombre, sin propietario y, a los mismos indígenas, en objetos apropiables. No encontrándose en ella ninguno de los requisitos exigibles para ser considerados pueblos históricos, o ignorándolos como en el caso de los aztecas y los incas, todo lo existente podía ser apropiado por el descubridor-conquistador. Ortega agrega esta reflexión:

«Pero la paradoja no radica en que Hegel elimine a América del cuerpo propiamente histórico, sino que, no pudiendo colocarla ni en el presente ni en el pasado propiamente tal, tiene que alojarla en la prehistoria... un tiempo es prehistórico no porque ignoremos lo que en él pasó, sino, al revés, porque en él no pasó nunca nada, sino que pasó siempre lo mismo, y el pasado, en vez de pasar, se repitió pertinazmente».

El “vuelo del Espíritu hegeliano” se transformó en un relato justificador de esa historia de conquistas y sometimientos y encontró su mejor expresión en el armado de una “historia universal”, narrada por el hombre europeo, desde él y para él, como un recorrido en el tiempo que confluía para su realización conclusiva en la Europa burguesa del siglo XIX.

Al llegar a este *final de la historia*, habiendo cumplido su misión y logrado su cometido, Hegel nos comunica, rematando sus *Lecciones*, que es necesario:

«Reconocer que la historia universal es este curso evolutivo y la realización del espíritu, bajo el cambiante espectáculo de sus acontecimientos, tal es la verdadera teodicea, la justificación de Dios en la historia. Desarrollar ante Uds. esta marcha del espíritu universal, ha sido mi aspiración. El espíritu es solamente aquello en que él se convierte; para esto es necesario que se suponga. Lo único que puede reconciliar al espíritu con la historia universal y la realidad es el conocimiento de que cuanto ha sucedido y sucede todos los días no sólo proviene de Dios y no sólo no sucede sin Dios, sino que es esencialmente la obra de Dios mismo».

El relato de esa historia universal -deberemos entenderlo así- es en realidad la “revelación” que Hegel “recibió” de *Dios mismo en persona*, por la cual nos permitió, a través de sus *Lecciones*, conocer cuál es el propósito divino de ese proyecto civilizatorio, *más allá del costo de la mucha sangre derramada, de las injusticias, sometimientos y saqueos*. Eso que, tiempo después, cínicamente se especificó como “daños colaterales”. Es necesario, entonces, que tomemos debida nota, de que, según Hegel, aunque éste no lo confiese así, fue Dios mismo quien supervisa el cumplimiento de Su Plan.

Esta fe inmovible de Hegel en el cumplimiento por parte de Europa de consumir la obra de Dios en la Tierra, es la convicción filosófica de una cultura, de un proyecto político, de una voluntad de poderío y sometimiento, de la burguesía moderna, de sentirse llamada por Dios para "civilizar" el planeta. Esa voluntad se impuso sin miramientos y tuvo, en sus intelectuales, la explicación y justificación filosófica que legitimó ese proyecto. El fundamentalismo cristiano del *establishment estadounidense* (el *destino manifiesto*) desde el siglo XIX se ha convertido en un digno heredero de esa misión.

Si «la filosofía es *el discurso de una cultura que encuentra su sujeto*», como afirma Kusch, la filosofía a la que me estoy refiriendo, en la línea de Alberdi y de Jauretche, debe enraizarse en la cultura americana como prerequisite y partir del sujeto de este filosofar como hombre de este suelo, por nacimiento o por adscripción. Es importante dejar esto fijado como punto de partida, porque nos han acostumbrado a oír hablar de un pensar puro como objeto de la filosofía. Por el contrario, subraya el filósofo argentino Arturo Roig [¹⁰] (1922-2012):

«Depende de la relación dada entre los hechos y la totalidad histórico-social dentro de la que son generadas las sucesivas formas de praxis teórica... se hace presente en esa praxis como consecuencia de la multilinealidad de la historia, así como de los niveles y grados de alteridad de los sujetos históricos».

Pero, al preguntarnos por quién es el sujeto que piensa esa historia, nos encontramos en el ámbito del "saber culto" con *el hombre moderno, europeo y conquistador*, que se descubre a sí mismo como tal en la diferenciación de los otros hombres: los "*hijos del estado natural*", los "*incultos*", "*salvajes*", y nace allí el colocarse como centro de toda comparación. Dice Leopoldo Zea (1912-2004) [¹¹]:

«Es el encuentro con otros hombres y con otras historias, lo que hace que el europeo descubridor, conquistador y colonizador se defina como hombre, dando sentido a la historia, a su propia y concreta historia».

Por no haber podido emanciparnos aún de esa estructura mental, nos cuesta tanto superar ese sometimiento ideológico, como condición de toda liberación posible. Hace ya tiempo que se habla de la *Batalla cultural*, como de una tarea necesaria pero que parece muy dificultosa o esquiva, dado su casi permanente postergación. Aunque, me parece importante dejar dicho, que sí se han ido dando pequeñas batallas, algunas ganadas, otras perdidas, son parte de nuestra historia de la liberación.

V.- El pensar desde el imperio

¹⁰ Egresado de Ciencias de la Educación de la Universidad de Cuyo, continuó sus estudios en la Sorbona de París. Profesor de Filosofía en la Universidad Nacional de Cuyo, con un interés especial en los filósofos regionales y luego se expandió a los filósofos nacionales y latinoamericanos.

¹¹ Filósofo y escritor mejicano, fue miembro de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) desde su formación. En 1954 fue designado investigador de tiempo completo del Centro de Estudios Filosóficos de dicha universidad. En 1947 fundó, en la Facultad de Filosofía y Letras, el "Seminario sobre historia de las ideas en América".

"Los estúpidos están seguros de todo y los inteligentes están llenos de dudas".

Bertrand Russell (1872-1970)

El hábito, muchas veces totalmente inconsciente, de pensar la historia y la filosofía política desde el marco conceptual europeo, que es heredero del pensamiento contractualista de los siglos XVII y XVIII. Es parte del supuesto de un "estado de naturaleza", que está hermanado con el concepto de "prehistoria". Repensar este tema nos puede iluminar para encontrar las raíces de nuestra dependencia ideológica. Los programas de historia de muchas de nuestras universidades —aunque ya algunas han comenzado a modificar estos criterios— dividen el tiempo en una prehistoria y una historia posterior. Cuál es el hecho que marca esa separación: se nos dice que es la presencia de documentos que permitan desarrollar una descripción "científica" de esos tiempos. Por lo tanto, se puede pensar la historia, como nos lo ha enseñado Hegel, *a partir de la presencia del Estado, de la ley y la legitimación de la propiedad privada*.

El origen, ubicado en ese tiempo, se impuso con tal certeza, que impidió advertir que era sólo *uno de los orígenes*, arbitrario por cierto y, por tanto, sólo el comienzo de una de las historias: *la historia de la Europa Moderna*, narrada desde sí misma. Esta historia —a través del Imperio babilónico, la Grecia clásica, la Roma imperial, el Medioevo cristiano— desemboca en el siglo XVI europeo y *nos coloca en este presente, fundado, justificado y legitimado por ese recorrido*. Es necesario dejar aclarado, desde ahora, que esa historia *no es más que una historia*, nada más que *uno* de los relatos sobre los itinerarios de la conciencia colectiva, pensada y narrada por los hombres del mundo noratlántico, herederos de la Revolución Burguesa. Por lo tanto, y se desprende de lo dicho, esa historia parte del supuesto señalado de una etapa natural del hombre, la prehistoria que, como su concepto lo indica, *es previa a la historia*.

Si reflexionamos atentamente sobre lo que se nos está diciendo, podemos concluir lo siguiente: lo previo a la historia —que, por tanto, no entró todavía en la historia— está ubicado dentro del mundo natural, equivale a decir, en el ámbito de la naturaleza. Todo lo que pertenece a ese mundo se separa conceptualmente de lo humano que es, por esencia, social e histórico. De allí se deduce que los hombres, (¿hombres para ellos?) estaban conceptuados como no humanos, o cuasi humanos, o salvajes (buenos o malos, no altera la cuestión), formando parte del mundo natural, es decir cuasi-animales. Esta afirmación puede presentarse ante algunos ojos como escandalosa, descabellada. Sin embargo, si se la sigue en todas sus consecuencias, permitirá comprender las actitudes, las acciones y las decisiones de gran parte de los conquistadores europeos, del norte y del sur de América, respecto de los nacidos en estas tierras, con quienes ellos se encontraron desde el siglo XVI en adelante.

Dice Rodolfo Kusch:

«Separar la prehistoria de la historia es hacer positivismo o sea entroncar *con el pensamiento de una burguesía espléndida*. La prehistoria para el burgués, francés medio, es una tierra de nadie en la que se dan utensilios. Como nada tenía dueños, según su concepto de la propiedad privada, definía que se trataba de un ámbito en el cual la ciencia exploraba una especie integrada por hijos naturales (semi-animales). Por eso esa etapa no fue incorporada a la historia de los hombres, se la consideró parte de la naturaleza según

el relato de los hechos mirados por los creadores del mundo moderno... Y es que los historiadores europeos sólo vieron como historia lo ocurrido en un solo vector en los últimos cuatrocientos años europeos o sea todo aquello que favoreció a la cultura dinámica urbana. El resto ya va contaminado de prehistoria, excepto Grecia, que sirve, por cierto, de mito para la ciudad moderna».

No debemos olvidar lo que Hegel, el pensador *de esa burguesía moderna*, exige a cada pueblo, como condición para su entrada en la historia -que ya hemos visto, y que repito acá por razones pedagógicas-, para una comprensión más profunda del problema: la existencia del Estado Político y la organización jurídica de la propiedad privada.

Debe entenderse que se niega a incorporar a la historia todo aquello que no ha sido construido bajo las reglas de la burguesía europea. No hay posibilidad de historia pensable para aquellos pueblos que no aceptaron el sometimiento a la dominación imperial.

VI.- *El continente des-conocido*

“Nadie puede tener la esperanza de entender los fenómenos políticos-económicos de ninguna época –tampoco de la presente- sino domina adecuadamente los hechos históricos”.

Joseph Schumpeter (1883-1950)

Queda expresado, con toda claridad, qué clase de pueblos y a partir de cuándo deben ser considerados parte de la historia. El resto queda fuera y, por lo tanto, subordinado y a disposición de los “hacedores de la historia”, es decir, a los conquistadores europeos. Dice Roig:

«No se ha reparado en que, en el Discurso del Método, Descartes nos habla de México, lo que no es casual, pues el “ego cogito” [yo pienso], desde el cual se supone el dominio científico del mundo, tiene una versión previa: *la del “ego conqueror” [yo conquisto], una frase con la que Hernán Cortés abrió el camino del dominio del mundo*».

Los que quedan fuera de la historia son conquistados por ser nada más que parte de la naturaleza. Como ya hemos visto que para Hegel quedan *fuera del campo de lo civilizado*: «*no sucede nada nuevo bajo el sol*»; el mundo de “la naturaleza”, el no-civilizado, es de una monotonía insoportable para su mirada. Esta ceguera para ver los acontecimientos que no se encuadran dentro del esquema prefijado debe servirnos de advertencia para nuestra situación de coloniaje cultural de hoy. Por tal razón, el filósofo alemán, sólo percibe cambios significativos donde *el espíritu de conquista escribe la historia*: «*Sólo en las variaciones que se verifican en la esfera del espíritu surge algo nuevo... esa facultad camina hacia algo mejor y más perfecto, obedece a un impulso de perfectibilidad*».

Habla de la perfectibilidad del espíritu europeo, es decir el Espíritu sin más para él, *el único que reconoce*, por lo que *ser hombre requiere la pertenencia a esa espiritualidad, la espiritualidad política burguesa*. Enfrentando ese mensaje, que todavía tiene vigencia en la periferia, y que es nuestro gran enemigo ideológico, Arturo Roig nos define:

«Somos un conjunto de pueblos que nos entendemos, casi todos, en castellano, pero que no todos hablamos una sola lengua. Hay una riqueza que nos excede, como hay una

pobreza que nos ahoga. El indo-latino-americanismo es un ideario que pretende asumir todas estas riquezas y miserias, unas para enriquecerlas más, las otras para suprimirlas, programa que excede, sin dudas, ampliamente lo que de un modo estrecho se suele entender como cultura».

Entonces: ¿Qué es América? ¿Tierra civilizada o bárbara? Tal vez, de este modo, agregar preguntas incómodas nos haga perder la ingenuidad, y podamos así avanzar en el sentido que ellas proponen. Porque la respuesta a la pregunta que nos convoca remite al ser de América, a su esencia, a su destino, a su posibilidad de ser futuro. «*La libertad en crear un hecho futuro se condiciona, realmente, en la conciencia actual del pasado*», afirma Enrique Dussel (1934) [12]. Y en aquel encuentro del siglo XVI, se enfrentaron dos pasados y sus respectivas conciencias: el *hombre indo-americano* y el *hombre ibérico*, no se había presentado en estas tierras todavía *el hombre de la Europa liberal*.

En este mismo sentido, podemos aventurar la pregunta por el ser de esa Europa —entendiendo por ella la Europa que despertaba del Medioevo—, pregunta que sólo encuentra el sentido de la búsqueda, cuando nos dirigimos a la historia y no a la geografía. Y relacionar el ser de América con el de la Europa moderna no es gratuito ni casual. *Debemos detectar las raíces comunes, las historias cruzadas y las líneas que se imbrican, las mutuas dependencias y hasta, arriesgaría a decir, el común y simultáneo origen*. Ambas, con contradicciones, con claroscuros, tensiones, con a-sincronías, es decir un suceso que no tiene lugar en total correspondencia temporal con otro suceso y, sin embargo, son hijos de un mismo tiempo y de un mismo proceso sociopolítico. Sostiene Germán Arciniegas [13] (1900-1999), en *El revés de la historia* (1985), título muy sugestivo, un novedoso concepto que expresa muy elocuentemente este nacimiento simultáneo:

«Para llegar a una precisión más justa, convengamos en que el 12 de octubre de 1492 separa en forma tan profunda el pasado de la Edad Moderna, que puede hablarse con toda propiedad de una Europa Precolombina y una Europa Americana... Todo cambia radicalmente el día en que América viene a figurar como el personaje inesperado que entra a despertar un nuevo diálogo, después de quince siglos o más de soledad. Su mera presencia modifica las bases de la filosofía y la ciencia. El hombre común entra a vivir de otra manera».

Interesante distinción, en la que me he basado, para pensar mejor, con mayor detalle, el concepto "América":

«Hablaemos de Latino-América por dos motivos. Primeramente, por cuanto América del Norte (la anglosajona y canadiense francesa) es otro "mundo", que podremos encarar dentro de algunos decenios, después de habernos claramente *"encontrado a nosotros*

¹² Académico, filósofo, historiador y teólogo argentino naturalizado mexicano; es reconocido internacionalmente por su trabajo en el campo de la Ética, la Filosofía Política, la Filosofía latinoamericana y en particular por ser uno de los fundadores de la Filosofía de la liberación, corriente de pensamiento de la que es fundador.

¹³ Diplomático y político colombiano. Estudió Derecho en la Universidad Nacional de Colombia, Prolífico ensayista y brillante historiador. Fue profesor universitario en Colombia, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes y profesor en la Universidad de Columbia en Nueva York.

mismos». En segundo lugar, porque Hispano o Iberoamérica existió hasta el siglo XVIII —la Cristiandad colonial, como la llamara Toribio de Mogrovejo ¹⁴(1538-1606)—, mientras que el proceso de universalización y secularización del siglo XIX se constituyó esencialmente por el aporte francés —en lo cultural— y anglosajón —en lo técnico—. Desde ese momento el mundo “español” es ya marginal en América latina... es esa totalidad humana, esa comunidad de los hombres que habitan desde California hasta el Cabo de Hornos, cuyo mundo se ha ido progresivamente constituyendo a partir del fundamento racial y cultural del hombre prehispánico, pero radicalmente desquiciado por el impacto del mundo hispánico del siglo XVI».

Esta Hispanoamérica fue y será la que los ilustrados locales del siglo XIX han preferido ver como barbarie, cegados por los destellos luminosos que recibían desde las metrópolis no les permitieron, salvo excepciones, revisar críticamente las cargas ideológicas que contenían las ideas que importaban. El peso que, en gran parte de la historiografía sobre nuestra América, ha tenido la mirada liberal de los investigadores, ha ocultado las notables diferencias de dos colonizaciones que se desplegaron en este continente: la del norte, la valorizada, cuyos protagonistas fueron ingleses y franceses fue así caracterizada por Ortega y Gasset:

«Si ciertos pueblos —Francia, Inglaterra— han fructificado plenamente en la Edad moderna fue, sin duda, *porque en su carácter residía una perfecta afinidad con los principios y problemas "modernos"*. En efecto: racionalismo, democratismo, mecanicismo, industrialismo, capitalismo, que mirados por el envés son los temas y tendencias universales de la Edad moderna, son, mirados por el reverso, propensiones específicas de Francia, Inglaterra y, en parte, de Alemania. No lo han sido, en cambio, de España».

Esta afirmación da para pensar en la matriz ideológica de la colonización del Norte, señalando el retardo con que España se fue incorporando a la Modernidad. Por el contrario, debemos remontarnos hasta unos siglos atrás en la historia de la península ibérica para enfrentarnos con un proceso particular. Tomar nota de él nos permite adoptar una perspectiva mucho más rica para pensar los primeros siglos de la colonización española. Leamos a la Dra. Dina V. Picotti:

«La España que vino a América era ella misma fruto de un mestizaje de todos los pueblos que habían llegado a Europa y se detuvieron en la península como extremo de expansión, y de ocho siglos de dominio moro que dejaron un sello oriental indeleble; era en el fondo una España medieval, con fuertes organizaciones comunitarias y un cristianismo que, no habiendo pasado por el proceso de latinización, conservaba más sus caracteres semitas».

Detengo la cita por un momento, para destacar el peculiar carácter cultural de *hombre peninsular* en contraposición con el *hombre anglosajón*: el señalamiento de la *semitización* [¹⁵] del primero marca una diferencia que explica la distancia entre uno y otro en la comprensión del indígena y en el resultado de la relación que se entabló. Sigamos leyendo.

«Todo ello facilitó el encuentro con los indígenas americanos, de estilo cultural oriental: su fuerte organización comunitaria, su lenguaje simbólico, religiones que conservaban los

¹⁴ Toribio de Mogrovejo fue un sacerdote, arzobispo y misionero católico español, que se desempeñó como 2º arzobispo de Lima y organizador de la Iglesia en el virreinato del Perú.

¹⁵ Proceso cultural en el que la tradición semita ha tenido gran importancia.

antiguos mitos de la humanidad y caracteres físicos no demasiado extraños sino atrayentes para un pueblo con buena dosis de influencia morisca y no poca negra, como lo revela la literatura. El español amancebó a la indígena y de ese contacto surgió el criollo, fenómeno que no se dio en la América del norte, adonde con *casi absoluta prescindencia de lo indígena se trasladó y desplegó la modernidad europea*. España tuvo políticamente una gran capacidad asimilativa, creando instituciones adecuadas a la nueva situación, como el *Consejo de Indias* y una *legislación que reconocía derechos y organizaciones indígenas*».

Esta diferencia entre las dos Américas marcó profundamente la historia posterior, razón por la cual su estudio abre senderos insospechados. Insistir sobre estos aspectos culturales permite salir al cruce de la versión anglosajona que carga las tintas sobre la barbarie hispánica en el sometimiento del sur.

VII.- América: dos procesos de conquista y colonización

«La escuela liberal no fue otra cosa que el instrumento de la consolidación del imperio británico en el mundo... Pero Inglaterra se adscribió al sistema liberal cuando tenía ya organizado su instrumental para el dominio del mundo, y había construido su poderosa flota».

Arturo Jauretche (1901-1974)

Si profundizamos el análisis que he propuesto podemos descubrir que hay dos protagonistas de espíritus muy diferentes: uno *el que representa la modernidad burguesa*, que conquistó y colonizó el norte; el otro, *el hispánico que llegó a estas tierras*, atado todavía a formas culturales que no habían abandonado totalmente la cristiandad medieval. No debe entenderse con ello un sesgo católico en el análisis, sino la necesidad de recuperar la herencia indígena en la configuración del hombre criollo y las raíces todavía vivas para la tarea de reconstrucción de la cultura americana.

En efecto: subrayar el perfil del puritano del norte, que encarna los "principios y problemas modernos", *es la mejor expresión de la burguesía comercial en plena expansión*, mientras que el hombre hispánico, *portador de un comunitarismo medieval, contenía, contradictoriamente, los valores que fraguaron en ese mestizaje del que nos habla la Dra. Picotti*. El primero encuentra su fundamento en la Inglaterra liberal de John Locke [16] (1632-1704) del siglo XVII, al representar el espíritu de una burguesía mercantil que sale al mundo en conquista de nuevos mercados. Podríamos decir un proto-ciudadano de la sociedad burguesa.

En el hombre ibérico, pesan los largos siglos de dominación mora, de ese bagaje semita que es parte importante del resultado del mestizaje cultural, cuya característica étnica se manifiesta en su piel mate, y esto va a jugar un papel muy importante en el encuentro con los habitantes

¹⁶ Fue un filósofo y médico inglés, considerado como uno de los más influyentes pensadores del empirismo inglés y conocido como el «Padre del Liberalismo Clásico».

originarios: dado que no se siente un blanco puro que enfrenta a una raza inferior. No es menos conquistador; aunque somete, no elimina y se relaciona con el "otro" como antes se había relacionado con el moro, en principio un enemigo a vencer, pero tan humano como él. Si bien es cierto que una parte de los funcionarios de la corona española se resistían a reconocer al indígena su condición de humano, hay un hecho altamente significativo: la primera respuesta de la Reina a Colón fue «declarar a todos los habitantes de las Nuevas Tierras súbditos de la Corona», es decir los colocaba en la misma condición de cualquier otro español. El hombre hispánico que pisó estas tierras demostró su reconocimiento semejante al habitante indígena, lo que le permitió amancebarse con sus mujeres y tener hijos criollos. Esta situación es impensable entre los puritanos del norte que la hubieran conceptualizado como zoofilia.

Estas particularidades ya permiten adelantar las diferencias que presentarán los proyectos colonizadores de las dos Américas. Inglaterra, como parte del proyecto europeo moderno y con una burguesía comercial e industrial que se había aliado con los lores: es uno de los protagonistas más importantes; la otra, España, que había conseguido su unidad a fines del siglo XV, y conservaba dos rasgos que la caracterizaban y que, al mismo tiempo, retrasaban su incorporación a la nueva etapa: *el comunitarismo medieval y una nobleza que despreciaba el trabajo manual.* Por ello quedó muy pronto fuera del juego mercantil que se estaba desarrollando. Estas peculiaridades permiten señalar abismales diferencias que marcarían profundamente la vida de estas dos Américas.

Francia e Inglaterra son los escenarios en que va desplegar todo su juego de posibilidades el espíritu burgués. España se adormecía en el despilfarro del *oro mal conseguido*. De allí los rasgos esenciales que rescata Ortega como detonantes de ese despliegue. España, *que salía de ocho siglos de dominación mora* con gran parte de su territorio ocupado, encontraba su rumbo histórico bajo la conducción de ese matrimonio, Isabel y Fernando, artífices de su unidad. *Aunque tomó la delantera en la conquista del mundo en el siglo XVI, no supo consolidar esa ventaja.* No quiere decir esto que no hubiera sed de oro ni ansias de dominación, sino que respondía más al espíritu de la *conquista medieval* que al *interés comercial burgués*.

Volvamos a Ortega porque, aun desde su mirada conservadora, permite ver de otro modo este proceso:

«Basta acercarse un poco al gigantesco suceso, aun renunciando a investigar su fondo secreto, para advertir que la colonización española de América fue *una obra popular*. La colonización inglesa *es ejecutada por minorías selectas y poderosas*. Desde luego, toman la empresa en sus manos grandes Compañías. Los "señores" ingleses habían sido los primeros en abandonar el exclusivo oficio de la Guerra y *aceptar, como faenas nobles, el comercio y la industria...* La colonización inglesa fue *la acción reflexiva de minorías, bien en consorcios económicos, bien por secesión de un grupo selecto que busca tierras donde servir mejor a Dios*. En la española, es el "pueblo" quien directamente, sin propósitos conscientes, sin directores, sin táctica deliberada, engendra otros pueblos. Grandeza y miseria de nuestra colonización vienen ambas de aquí. Nuestro "pueblo" hizo todo lo que tenía que hacer: pobló, cultivó, cantó, gimió, amó. Pero no podía dar a las naciones que engendraba lo que no tenía: *disciplina superior, cultura vivaz, civilización progresiva*».

Lo criollo, como componente estructural de la cultura del sur es el resultado de ese modo de

arraigarse en estas tierras.

VIII.- La España que vino a América

Como el objetivo fundamental de este trabajo es subrayar, con mayor énfasis, la matriz cultural de la América hispánica, como antecedente de la cultura que arraigó en lo que Rodolfo Kusch denominó la *América profunda*, avanzo esperando que esto no sea pensado desde una interpretación indigenista. La intención es, repito, desenmarañar una idea, infiltrada a través de todo el sistema educativo, que ha dividido la historia de nuestra tierra en un pasado colonial y "medieval" — que corresponde al período que se cierra a fines del siglo XVIII—, y una etapa ilustrada, a partir de esa fecha, en la que las ideas de la emancipación fueron interpretadas en clave liberal.

En esta aventura cabe decir, para consolidar la tesis que propongo, que la firmeza de la actitud de los Reyes Católicos de no querer compartir el continente nuevo con ningún otro pueblo y afirmar así su predominio cultural se ve reflejada en *la relación distante que mantuvieron con la Roma vaticana*. Esta preservación de una identidad cultural no es una actitud que deba despreciarse en este análisis. Como nos lo muestra Arciniegas en este párrafo:

«Los Reyes Católicos reservaban para el catolicismo el Nuevo Continente: pero no exactamente para la Iglesia de Roma. Cobraban el servicio, asegurándose muchísimas ventajas: como decidir quienes fueran los arzobispos... *La Iglesia de América vino a ser más española que romana*. La jerarquía era escogida por los reyes... Las órdenes de franciscanos, dominicanos, agustinos pasaban por un filtro tan celoso como era la Aduana para el comercio... El pequeño reino de Castilla despertó con un sentido tan sublimado de los derechos imperiales como no lo tuvieron los mismos romanos de la antigüedad... Así la conquista tomó un *carácter castellano*, sacado de la guerra contra los árabes, de la reconquista española, madurado en la voluntad política de avasallar tierras ganadas a los infieles».

El carácter semita y la piel mate del español no impidieron el reconocimiento de una extraña experiencia del indígena: Juan Diego quien, según la tradición católica en México, presenció *la aparición de la Virgen de Guadalupe* en 1531, reconocida por el obispo Fray Juan de Zumárraga. ¿Por qué digo extraña? Porque el relato de cómo era la virgen correspondía a una indígena azteca, de piel oscura y vestida a la usanza. Sin embargo, esto no escandalizó al obispo ni fue un obstáculo para su reconocimiento.

Por tal razón, me detengo en algunos aspectos de esa historia que han quedado ocultos para los ojos iluministas de una gran parte de la historiografía académica. Con el despertar de los pueblos originarios, ha cambiado la necesidad de leer la historia y se ha ido imponiendo una mirada más amplia, más profunda y más inclusiva. En la cual nada sea dejado de lado: españoles conquistadores, con todos sus matices; la diversidad de los pueblos originarios; la presencia de las ideas de la emancipación, con sus contradicciones, etc. La historia, pensada desde la mirada de la emancipación americana, debe *permitirnos colocar las cosas en el lugar que nos dicen los hechos*, sin prejuicios. Desde una nueva actitud que se asiente en la necesidad de continuar las

luchas por la liberación total de los pueblos, para la construcción de una *América de hermanos*.

Esto puede ser entendido como una utopía y parecer un despropósito en estas épocas de tanto escepticismo. Pues bien: sí lo es. Pero no es más imposible que las que los *grandes hombres* de nuestro pasado han encarnado. Ignacio Ellacuría (1930-1989)^[17], uno de los mártires de esta tierra que entregó su vida por ese ideal, es quien ilumina el modo y el lugar desde donde debemos pensar: «desde el reverso de la historia».

Desde este compromiso, desde la voluntad de liberarnos de las cadenas ideológicas que nos sujetan al pensamiento de las culturas del Norte, debemos retomar la reconstrucción de la cultura indo-hispano-americana —sin despreciar ninguno de los afluentes que la fueron enriqueciendo, los que se perciben en la superficie, pero también los que fluyen por las capas subterráneas, lo cual fundamentará ese modo de denominarla Indo-hispano-latino-americana—. Sigue siendo una tarea inconclusa.

La comparación entre la conquista y colonización de las dos Américas que propongo, no es ociosa ni es el resultado de un mero juego académico. Son tantos los siglos de colonización cultural, que creo necesario, en la línea trazada por Ellacuría, continuar un trabajo que tiene semejanza con la arqueología, cultural en este caso, para elevar a la superficie los restos de aquellas historias cubiertas por capas de ideología imperial. El simple ejercicio de revisar con nuestra memoria los relatos que nos contaron en nuestra etapa de estudiantes nos revela cuánto nos han engañado (aunque también estuvieron engañados ellos): tanto en lo que nos mostraron como con lo que nos ocultaron. Y dentro de ello, la distorsión que impone la mirada del colonizador, con sus valores, sus creencias y, sobre todo, su civilización milenaria.

IX.- Los mestizos y la barbarie

“No. No aceptes lo habitual como cosa natural. Porque en tiempos de desorden, de confusión organizada, de humanidad deshumanizada, nada debe parecer natural. Nada debe parecer imposible de cambiar”.

Bertolt Brecht (1898-1956)

Lo que seguiré mostrando a continuación es el aspecto humano que aportó el conquistador ibérico — a pesar de su propia tarea, por momentos brutal—, que, sin embargo, no podía dejar de lado lo que esas conciencias portaban como bagaje. Esto no debe ser entendido como un intento de dulcificar lo acontecido, sino como una propuesta de rescatar pequeños detalles que pintan, con sus trazos, perfiles que se han perdido en los relatos recibidos.

La descripción del hombre ibérico que desembarcó en estas tierras nos ha develado un perfil humano diferente respecto de las narraciones, en su mayoría anglo-francesas o, por lo menos, teñidas por el espíritu ilustrado. Es importante subrayar el hecho de que este hombre haya sido predominantemente ibérico, al menos en los primeros momentos. Esto se debe a que ese hombre,

¹⁷ Filósofo y teólogo español, naturalizado salvadoreño, asesinado por militares salvadoreños. Doctorado en la Universidad Complutense, bajo la dirección de Xavier Zubiri.

como afirma la Dra. Picotti, y algo ya quedó dicho, es hijo de un proceso de mestizajes, a lo largo de siglos de historia de la península. El mestizaje producido en su suelo español, previo a su empresa de colonización, lo hacía particularmente permeable al enfrentar situaciones nuevas, dado que percibir la novedad estaba inscripta en su idiosincrasia. Detengámonos nuevamente en este concepto: *mestizaje*. Leamos este meduloso párrafo de la Dra. Picotti:

«"Mestizaje" quiere decir unidad en la alteridad: no por mero sincretismo, lo que no respetaría ni la unidad ni la alteridad, sino por asimilación de términos diferentes. Ello se observa en todo proceso vital: la asimilación de algo externo, por ejemplo, un alimento, desde la vida del cuerpo y para ella, modificándolo y modificándose. Tratándose del espíritu, aquella posibilidad se amplía por derecho, ya que su apertura, de suyo infinita, hace que ninguna determinación lo colme y tenga receptividad para todas. Las culturas representan, cada una, la articulación de una experiencia humana de vida, un modelo posible de humanidad que, como tal, no se encierra en sí mismo, salvo que sea absolutizado y, en consecuencia, se desubique respecto al valor y sentido, como de hecho ha ocurrido demasiadas veces en el transcurso de la historia. Y como esta misma también lo ha demostrado, en la vida la falta de comunicación y asimilación es muerte».

En la historia de la península ibérica, no se puede soslayar que la invasión musulmana o Conquista árabe de Hispania, entre los años 711 y 1492, dejó marcas imborrables. Este complejo proceso político y militar, a lo largo del siglo VIII, da lugar a la formación y consolidación de al-Ándalus [] musulmán, como se denominó el territorio peninsular bajo el poder invasor. Estos ocho siglos muestran una experiencia de convivencia cultural y religiosa entre católicos, musulmanes y judíos, aceptablemente respetuosa, sólo alterada después por la persecución de la Inquisición católica.

El componente árabe de este mestizaje hizo del hombre conquistador en suelo americano alguien apto para ver en ese otro — el indígena con que se encontró, también de piel cobriza—, a un ser humano, a un semejante, a pesar de las distancias culturales que había entre ellos. El encuentro no le produjo una sorpresa mayor que la de ver a un desconocido. En esta misma dirección, es necesario señalar, como sostiene el pensador argentino Carlos Astrada (1894-1970)^[18] que «*en lo que en sentido étnico nos atañe nuestra efectiva ascendencia es árabe*». Lo destacable de este proceso cultural americano es la capacidad de influenciarse mutuamente. No sólo se transformaron las culturas del Nuevo Mundo, sino que también la península se sintió conmocionada en su propia tierra y se fue transformando al ritmo de la conquista, a diferencia del proceso de la conquista del Norte, que *no modificó al conquistador*.

Las nuevas colonias del Norte eran un trasplante de la corona británica en otro suelo. La conciencia de una *superioridad civilizatoria* de la que eran portadores los anglosajones, los hizo casi inmunes a las influencias de las nuevas tierras. En ellas encontraron nada más que cuasi-animales para eliminar, vistos como despreciables enemigos, nada más que distintas variedades

¹⁸ Estudió Derecho en la Universidad Nacional de Córdoba. En 1926, con el ensayo "El problema epistemológico de la Filosofía", ganó una beca a Alemania, donde estudió en las universidades de Colonia, Bonn y Friburgo, con Max Scheler, Edmund Husserl, Martin Heidegger y Oscar Becker durante sus cuatro años allí. Profesor de las Universidades de Buenos Aires y La Plata.

de *seres dentro de la naturaleza* — recordemos aquí a Hegel. Confirma lo dicho José Luis de Imaz (1928-2008)^[19]: «Anticipatoria de otras segregaciones, resultarían disposiciones como las del Estado de Virginia: En 1662 penó la fornicación interracial o la del mismo Estado que, en 1664, prohibió el casamiento interracial». (Las palabras posteriores del General George Armstrong Custer (1839-1876)^[20] muestran una actitud definitiva: «*el mejor indio es el indio muerto*»). Octavio Paz agrega a estos señalamientos que:

«Nueva España conoció muchos horrores, pero por lo menos ignoró el más grave de todos: negarle un sitio, así fuere el último en la escala social, a los hombres que la componían. Había clases, castas, esclavos, pero no había parias, gente sin condición social determinada como sí la hubo en la América del Norte».

Esta diferencia puede encontrarse también en la defensa de notables clérigos, como es el caso de Bartolomé de Las Casas (1474-1564)^[21] como paradigma, cuando se hiciera oír ante el Consejo de Indias. Este dominico, fiel cristiano, coloca como ejemplo de las actitudes que se deben mostrar en las nuevas tierras a Jesucristo:

«Cuando comenzó a predicar siendo humilde y manso de corazón y enseñando a los demás a practicar la servidumbre y la humildad y mansamente conversaba con los hombres, atrayéndolos con su dulce conversación e inspirándoles confianza para acercarse a Dios».

No importa tanto cuál haya sido el resultado de esa defensa, muestra a las claras que en el espíritu del pueblo español que enfrentó al indígena estaba presente también esa actitud.

X.- *El colonizador y el mestizaje*

Lo que debe señalarse, para que pueda ser desechada de nuestro imaginario, es la carga de prejuicio que contiene el concepto mestizo. Para arrojar alguna luz, se debe agregar para sorpresa de muchos, que el hombre que somos todos nosotros es de origen africano, de las sabanas subsaharianas, puesto que allí debe ubicarse el origen de la evolución, hace más de un millón y medio de años. El tomarlo como inicio, en una larga historia de diversos mestizajes, va cubriendo en su nomadismo casi todo el planeta. Por tal razón, partiendo de ese origen, cabe sostener que mestizos somos todos los hombres de este planeta desde entonces: ¡somos todos mestizos! ¿De dónde sale la pretensión de la pureza racial? Después de siglos de sucesivas invasiones al territorio europeo, de mezclas sucesivas de pueblos, la pureza es sólo un mito. Sin embargo, la pureza racial, simbolizada en la piel blanca, sigue teniendo un peso muy importante en el fondo de las conciencias de muchas personas, sobre todo en los dominadores.

¹⁹ Abogado, sociólogo y licenciado en Ciencias Políticas argentino. Fue profesor de Sociología en la Universidad Católica Argentina.

²⁰ Fue un oficial de caballería del Ejército de los Estados Unidos que participó en la Guerra de Secesión y en las Guerras Indias.

²¹ En 1514, influido por la prédica indigenista del fraile Antonio de Montesinos, renunció a sus encomiendas, para convertirse en un acérrimo defensor de los nativos que estaban siendo exterminados cruelmente por los conquistadores.

En América, el proceso de conquista y colonización significó la expansión de la cultura de la península. Pero, al mismo tiempo, ésta se encontró con culturas y tradiciones muy vivas que abrieron un proceso de entrecruzamientos. *Este proceso es el mestizaje*, que tiene dos aspectos: el cultural y el étnico. Ambos paralelos y simultáneos, son dos caras de un mismo acontecimiento. La historiadora argentina Lucía Gálvez [22] sostiene que:

«En la aceptación optimista de nuestra mesticidad, encontraremos el camino para seguir adelante, admirando lo que recibimos de Europa, pero sin renegar de nuestra propia y entrañable originalidad».

Como prueba de su tesis, nos narra una historia de encuentros a partir de haber hallado una de las primeras Actas de Matrimonio de América, y nos lo cuenta así:

«Y es justamente en Cuyo donde encontramos la más romántica historia de amor: el casamiento de la hija del cacique de Angaco con el hidalgo [23] español Juan de Mallea, cuando se fundó la ciudad de San Juan en 1562. Fue la primera mujer huarpe que se uniera en casamiento con un español aportando en su dote el señorío de Angaco y muchos reales en pepitas de oro de los arenales».

¡Nos está hablando de casamiento! no de concubinato o pareja circunstancial, y sólo hacía cincuenta años que los españoles habían desembarcado. Sus hijos mestizos tendrán el entrecruzamiento de sangres en el que se sella el pacto de la *América mestiza*, la *América criolla*. El concubinato entre españoles e indígenas se convirtió en un hecho cotidiano. La iglesia, en tiempos de la Inquisición, aceptó esta situación. Un argumento de la época rezaba: «*Es mayor el servicio que se hace a Dios teniendo mestizos que el pecado que se comete*». No debe perderse de vista, *como un juego de las experiencias contrapuestas*, cuál era la actitud de los puritanos del Norte. Sigamos leyendo a Lucía Gálvez, que ha estudiado la situación de la mujer en esa época:

«¿Las indias no eran vistas como un objeto del que apoderarse? Esa actitud no puede ser mayoritaria. Si no, no hubiera habido real poblamiento. Ninguna conquista se basa sólo en el sometimiento. Otro indicio es lo que ocurre con un jefe azteca, que le pide a Cortés que les devuelva las mujeres que han sido presas en batallas, y él le contesta que las busque y que *él liberará a todas las que quieran volver con los indios*. ¡Solamente tres volvieron! Es probable que para la mayoría de ellas pesara que estaban embarazadas o habían tenido hijos con los españoles. En toda América, las mujeres indígenas ayudaron a los conquistadores: denunciaron conspiraciones, señalaron donde había oro. En fin, aceptan a los que llegan. La historia más reveladora es, creo, la del sevillano Hernán Mexía Maraval, conquistador del Tucumán, y la india jurí María, que se conocieron en 1553. La época está marcada por la permisividad. La Iglesia, la Corona y las mismas mujeres españolas miran

²² Licenciada en Historia, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1990, con Diploma de Honor. Ha publicado numerosos artículos en diarios y revistas y dictado cursos y conferencias en todo el país y en el exterior.

²³ La palabra hidalgo viene de una formación del bajo latín; como sabemos designa a un rango menor de nobleza desprovista de un título concreto, dentro de la terminología de la nobleza feudal hispana; se utiliza el término para referirse a la nobleza no titulada.

hacia otro lado ante los concubinatos con indígenas. Hernán y María se enamoraron y vivieron juntos varios años. Tuvieron cuatro hijos. ¿Por qué fue una historia de amor y no de sometimiento? Porque ha quedado el testamento de ella, en el que se refiere a él con amor absoluto, además *la capacidad de testar libremente* marca también el lugar de la mujer dentro de ese contexto».

Lo más sorprendente de esta historia es que la indígena María "deja testamento" en pleno siglo XVI cuando en España la mujer no tenía derecho a la propiedad y, por lo tanto, no tenía nada que pudieran heredar sus hijos.

XI.- La mesticidad

«Anaxímenes escribió a Pitágoras: ¿cómo puedo yo ocupar mi tiempo resolviendo el secreto de las estrellas, si tengo siempre ante mis ojos la muerte y la esclavitud?»

Michael de Montaigne – (1533-1592)

Retomo, ahora, el análisis que he estado desarrollando sobre un concepto fundamental, *mestizaje*, sobre el cual se ha construido una cultura de dominación sostenida por la diferencia y la superioridad racial. El concepto de mestizo parte de la afirmación de la existencia de "razas puras", frente a las cuales alguna forma de entrecruzamiento coloca a las personas que de ella nacen en cierta "degradación racial". Esta situación lo inhabilitaría, por ejemplo, para ingresar a un supuesto "Kennel Book" humano.

Veamos, entonces, como se define el concepto "raza". La Academia Española lo hace de este modo:

«Casta o calidad del origen o linaje. - Calidad de algunas cosas, en relación a ciertas características que las definen».

Tomando como base esta definición pasa a definir el racismo como: «Exacerbación del sentido racial de un grupo étnico, especialmente cuando convive con otro u otros. - Doctrina antropológica o política basada en este sentimiento y que en ocasiones ha motivado la persecución de un grupo étnico considerado como inferior».

Define el racismo como una forma "exacerbada" de "definición de identidad", o como una forma de vida que pretende mantener la raza viva y sin mestizajes. Y esto, en pleno siglo XXI, no hace la menor referencia a agresiones, persecuciones, exterminios, que dejan atrás por lo menos dos siglos de experiencias horribles como consecuencia del racismo, que se ha desatado en casi todos los continentes. Demuestra una pulcritud y una neutralidad lingüística que, al encubrir el verdadero significado histórico de ese concepto, podría calificarse de cómplice con esos episodios. También se pueden encontrar definiciones académicas que elaboran algunas distinciones de este tipo:

«La "discriminación racial" es un concepto que suele identificarse con el de racismo y que lo abarca, aunque se trata de conceptos que no coinciden exactamente. Mientras que el racismo es una ideología basada en la superioridad de unas razas o etnias sobre otras, la

discriminación racial es un acto que, aunque suele estar fundado en una ideología racista, no siempre lo está. En este sentido hay que tener en cuenta que la discriminación racial positiva (cuando se establecen discriminaciones con el fin de garantizar la igualdad de las personas afectadas), constituye una forma de discriminación destinada a combatir el racismo».

Es muy interesante el preciosismo terminológico al que no se puede acusar de errores teóricos, sin embargo, en el tratamiento abstracto que se hace del problema se disuelve la virulencia que encierra.

Otro modo de plantear estos análisis *académicamente correctos*, aunque éticamente perversos, se da en torno al conflicto del "racismo": suele estar estrechamente relacionado y ser confundido con la "xenofobia", que queda definida como el "odio, repugnancia u hostilidad hacia los extranjeros". Sin embargo, existen. Se sugiere algunas diferencias entre ambos conceptos, «ya que el racismo es una ideología de superioridad, mientras que la xenofobia es un sentimiento de rechazo; por otra parte, la xenofobia está dirigida sólo contra los extranjeros, a diferencia del racismo». Con estos ejemplos quiero *iluminar la oscuridad de estas definiciones*, con perdón por el juego de palabras. La distancia con que se aborda el tratamiento de tan grave problema adoptando una actitud quirúrgica, descomprometida que, insisto, se parece mucho a la complicidad por ocultamiento u omisión.

Ahora bien, debemos afirmar enfáticamente, sin temor a equivocarnos, que no hay cultura sobre el planeta que no sea fruto de varios mestizajes a lo largo del milenar proceso de hominización, y que son ellos los que les han otorgado la vitalidad que garantizó la supervivencia por adaptación a circunstancias de diverso tipo. Cuando una cultura se encierra sobre sí misma, deja de tener contacto con las otras, comienza a envejecer por la incapacidad de incorporar elementos vivificantes. América no sólo incorporó al español, sino que sumó muy pronto al negro y poco después al asiático. Recordando todo lo que aportaba el ibérico después de ocho siglos de mestizajes varios. Por último, la inmigración latina variada y otras minoritarias terminaron de configurar la fisonomía de este mestizaje.

En una sencilla enciclopedia Conocer Nuestro Tiempo - Espasa Calpe podemos leer esta afirmación:

«El número exacto de genes que el hombre posee es todavía desconocido, pero es probable que llegue a varios millares. Y son las combinaciones posibles entre esos genes las que permiten que los humanos podamos producir una diversidad infinita de tipos. O sea, desde el punto de vista biológico se puede afirmar el carácter absolutamente único de cada individuo. Esta diversidad, sin embargo, no está determinada solamente por la herencia biológica, sino también por la reacción de los individuos frente a los diferentes ambientes. La pregunta que se plantea, entonces, es saber hasta qué punto las diferencias observadas entre los individuos se deben a variedades existentes, de herencias o de ambientes».

Desde esta definición simple es posible afirmar que, pese a la reacción de la cantidad de prejuicios circulantes, ser mestizo no sólo es una condición necesaria de los humanos sino, además, una de sus virtudes. Esto debería llevarnos a proclamar todos, con orgullo, nuestra condición de mestizos.

Quiero agregar aquí una nota que escribí en una página web <https://kontrainfo.com> que agrega un comentario científico que corona este apartado:

El concepto razas no es aplicable a las personas^[24]

Advertencia: esta nota contiene conceptos y afirmaciones de *fuerte carácter político emancipatorio*. No es apta para aquellas personas aferradas a *las verdades de la publicidad que se elabora en los laboratorios de la CIA, el Departamento de Estado, y en un conjunto de universidades financiadas por Wall Street*. De allí se puede comprender que *la raza es una creación del pensamiento imperial para el dominio de los pueblos de la periferia*.

Con un título provocativo y entusiasmante Arnold Gehlen (1904-1976) ha publicado *Antropología filosófica: Del encuentro y descubrimiento del hombre por sí mismo* (1993). Su autor fue un investigador, sociólogo y filósofo que criticó el positivismo de las ciencias sociales estadounidenses por la chatura de la epistemología que las sustentaba. Su editor y prologuista escribió en la introducción:

«Tras la modestia de un pensamiento que debe reconocer la dificultad que tiene para atrapar directamente o en la mera representación, las ideas directrices, que acepta que la investigación empírica es indispensable, Gehlen afirma que la meta de su filosofía es encontrar las instituciones fundamentales y sus nociones rectoras. Pero, a partir de ahí, su ambición es más amplia: no sólo abarcar disciplinas tan distintas como la morfología, la fisiología, la psicología, la lingüística, etc., sino también intenta que los conceptos e ideas que se empleen en su modelo del hombre sean específicos para este objeto de estudio: *hombre* y, además, lo bastante generales como *para ser aplicables tanto al aspecto físico como al psíquico, como por ejemplo el concepto de acción*. El resultado -que parte de la intención de elaborar una imagen del hombre que explique su actitud cultural como ser biológico- interesará igualmente a un amplio abanico de lectores: no sólo a quienes se sientan ya atraídos por el propio título, sino también a todos aquellos que experimenten una cierta curiosidad por las acciones y producciones del espíritu humano».

Transcribo estas palabras, un poco duras para un ciudadano de a pie, que necesita romper el rígido marco en el que se desenvuelven las investigaciones de las llamadas "ciencias sociales", razón por la *cual aparecen conceptos que sólo sirven a los imperios dominantes para elaborar sus políticas de sometimiento*. Siendo estos conceptos apropiados por el periodismo internacional, comienzan a circular por los ámbitos ciudadanos convirtiéndose en "sentido común", entendido éste, de una manera más sencilla:

«Se comprende por sentido común a una manera de *no pensar* y de *no analizar crítica o científicamente* hechos y fenómenos de la sociedad, dados como naturales y concretos *sin investigaciones metodológicas previas*. Al aceptar estos hechos sin argumentos, *escapan al rigor científico y a toda clase de análisis críticos*. Dado que lo «común» (a diferencia de los cinco sentidos establecidos), no es parte de lo cognitivo (natural), sino *una construcción sociopolítica*. El sentido común es *la antítesis al pensamiento crítico*, ello ha posibilitado el

²⁴ <https://kontrainfo.com/el-concepto-razas-no-es-aplicable-a-las-personas-por-ricardo-vicente-lopez/>

uso manipulador que han ejercido los centros del poder sobre los grandes públicos masificados».

Esta introducción se la presento, amigo lector, para ponerlo en tema sobre la nota que le voy a comentar. Trata de un tema que se ha deslizado por el sentido común. Pero esto no debe sorprendernos, si Ud. ha seguido mis notas sobre *la manipulación de la opinión pública y sus resultados sobre el racismo* – publicadas en esta columna²⁵.

El autor no es muy conocido en el ámbito público: Ilán Semo Groman: es un investigador, académico e historiador; Licenciado y Maestro por la Universidad de Humboldt (Berlín). Posee estudios de posgrado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y una Especialidad en Historia Contemporánea por el Departamento de Historia de la Universidad de Chicago. Acépteme tanto academicismo que en este caso sale al cruce de lo que publica la charlatanería pseudocientífica que pulula en los medios públicos. El título, sintético, tiene pocas palabras como para cerrar cualquier comentario fácil: *No existen las razas*, fue publicado en el periódico de la Universidad Nacional de México. Comienza afirmando una denuncia:

«Otro motivo del fracaso de las teorías antropológicas de conjunto es que una ciencia de este tipo debería incluir numerosas ciencias particulares: biología, psicología, epistemología, lingüística, fisiología, sociología, etc. El mero hecho de orientarse en medio de ciencias tan diversas no sería fácil, pero *mucho más cuestionable sería la posibilidad de encontrar un punto de vista desde el que pudieran dominarse todas esas ciencias en relación a un solo tema*. Tendrían que derribarse los muros entre dichas ciencias, pero de un modo productivo, ya que de ese derribo se conseguirían materiales para la nueva construcción de una única ciencia: Biólogos, genetistas, zoólogos, historiadores que conformaron un equipo internacional multidisciplinario de 500 científicos *llegó a la conclusión de que las razas no existen*.

No existe este juicio contemporáneo más común para *definir al otro o a los otros* que el aspecto físico de la gente. Es una definición a veces pública, a veces soterrada, casi siempre cargada del aura y de la explosividad de un concepto asimétrico que parece moverse a una velocidad infinita, es decir, de manera impensada. El concepto de raza, que fija significados en tres niveles distintos (aunque simultáneos). 1) *Desde Linneo* [²⁶], *en el siglo XVIII, lo utilizan los lenguajes de la ciencia para categorizar y caracterizar a diferentes poblaciones humanas*. 2) *A partir del siglo XIX, ingresa en las constituciones políticas y documentos oficiales de todos los países del orbe para consagrar o dejar sin derechos a grupos sociales enteros*. 3) *Y en el sentido común, funge como arma inclemente de las ideologías y los discursos de élites dominantes para estigmatizar y sobreexplotar al mundo subalterno (y así cerrar su paso a las esferas del poder y la legitimación social)*.

En Estados Unidos, por ejemplo, no existe documento oficial que no contenga alguna forma de definición racial. En América Latina, las constituciones de nueve países lo emplean para

²⁵ Todas ellas pueden ser consultadas en <https://kontrainfo.com/category/reflexiones-politicas/>

²⁶ Carlos Linneo (1707-1778) también conocido después de su ennoblecimiento como Carl von Linné, fue un científico, naturalista, botánico y zoólogo sueco.

categorizar sus cartografías sociales: Brasil, Perú, Colombia entre otros. En la Constitución mexicana aparece en el segundo apartado del artículo tercero, según la reforma de 2019.

Desde el siglo XIX, la historia del continente se escribe invariablemente desde las premisas de los lenguajes de la racialidad [27]. En Estados Unidos para cartografiar a una nación de migrantes (principalmente europeos) que acabaron exterminando a los pueblos originarios y esclavizando a las poblaciones afro-estadounidenses. En México, la triada indígena/mestizos/peninsulares sirvió para crear los órdenes culturales que se preservan hasta hoy, en los que el criollismo y la pictocracia [28] blanca dominan los centros del principio de politicidad. En Brasil, europeos, asiáticos, pobladores originarios y afro-brasileños habrían formado un supuesto crisol, en el que invariablemente se subyugan a estos dos últimos.

¿De dónde provienen estos discursos y lenguajes sociales?

En el siglo XVIII fue el botánico y naturalista Carl von Linné el primero en dividir al género humano en cuatro razas: blancos (inteligentes y pasionales), rojos (obcecados y rectos), amarillos (melancólicos, avaros), negros (indolentes, agresivos). Hoy este mapa humano se antoja como la fábula de una casa del terror de alguna feria perdida en un poblado sueco del siglo XIX, pero que sirvió como método central para desarrollar los lenguajes de la expansión colonial y, finalmente, para enfrentar a Occidente contra sí mismo en el holocausto de la Segunda Guerra Mundial. A Linné le siguió Friedrich Blumenbach [29] con un estudio de la relación entre la fisonomía de los grupos sociales y su adaptabilidad a las condiciones climáticas. Paradójicamente, Blumenbach medía la extensión de los cerebros para establecer sus investigaciones. Fue Ernst Haeckel [30] quien llevó el método racial a su más patética consagración. Apoyado en la teoría de la evolución darwiniana, dividió a la humanidad en 12 especies y 32 razas. Al mismo tiempo, estableció las características de los diferentes grupos de su tipología. Muy abajo se hallaban los papúes, los hotentotes y los xosas, que según Haeckel estaban más cerca de los mamíferos que de los europeos civilizados. En la historia de las ideas de Occidente, es otro capítulo de la historia universal de la infamia.

¿Pero existen realmente las razas?

En 2019, 500 científicos se dieron cita para debatir sobre el tema en la ciudad de Jena (Alemania) precisamente donde vivió y trabajó Haeckel. Biólogos, genetistas, zoólogos,

²⁷ Es una categoría más como pueden ser el género o la sexualidad. Estrictamente una persona racializada es alguien que recibe un trato favorable o discriminatorio en base a la categoría racial que la sociedad le atribuye, según RAE.

²⁸ Pictocracia o plutocracia forma de gobierno en que el poder está en manos de los más ricos o muy influido por ellos.

²⁹ Johann Friedrich Blumenbach (1752 - 1840) fue un naturalista, antropólogo, médico y psicólogo alemán. Fue el creador de la llamada antropología física, que se ocupaba del estudio de la morfología de los diversos grupos humanos según el método de la anatomía comparada.

³⁰ (1834-1919) fue un naturalista y filósofo alemán que popularizó el trabajo de Charles Darwin en Alemania, creando nuevos términos y conceptos como «ecología», «filo», «ontogenia», «filogenia», «monofilético» o «polifilético».

historiadores, un ensemble realmente multidisciplinario, *llegó a la conclusión de que, dadas las ya abundantes pesquisas sobre el genoma y la genética humanas, las razas no existen*. Desde los estudios que datan del descubrimiento del genoma, se puede inferir que *todos los individuos del género humano cuentan con 99.99 por ciento de genes y ADN idénticos*. Sólo sus configuraciones cambian. *Y los rasgos que determinan el aspecto físico de las personas obedecen tan sólo a 0.01 por ciento del material genético*. *En principio existe sólo una raza: la especie humana*. Y *todas sus diferencias se deben a causas climáticas, de alimentación, sociales, políticas, económicas e ideológicas*. *Nunca biológicas, como explica Agustín Fuentes en el documental ¿Por qué la ciencia afirma que las razas no existen?* (Deutsche Welle, 8/21).

La clave del mensaje del encuentro de Jena se expresa en su declaración central. Dice así: "No hay razas. Al menos, no en los humanos. Primero existió el racismo, es decir, la idea de que cada grupo de personas tienen un valor diferente, y luego la ciencia siguió el camino. El concepto de raza es el resultado del racismo y no su premisa".

La relevancia de esta conclusión es fundamental. Fue el racismo moderno, a partir del siglo XVIII, el que creó los lenguajes sobre las razas y no viceversa. Y sus derivas perduran con toda intensidad hasta la fecha. *Las razas son construcciones sociales destinadas a afianzar la unidad de élites dominantes, y hacer preservar la sujeción de vastas mayorías de la población, a través de ontologías y discursos sobre el orden de los cuerpos y sus formas de actuar. El problema del cuerpo de los otros aparece aquí como una fábula y una teología política. La fábula de la autoselección redimida de un orden social y la teología del cuerpo deseado*. De ahí la demanda urgente, al menos, de erradicar el término de raza de toda documentación oficial».

Podría yo agregar: ¡Tema concluido! Pues bien, sería una ingenuidad de mi parte. Para expresarlo en términos bélicos: sería un enfrentamiento entre *un grupo de académicos armados* con PC contra los ejércitos de la OTAN. Todo el sistema se opone a que estas afirmaciones se divulguen, y esto está defendido con todo el poder de fuego del sistema burgués-capitalista.

El mérito se lo lleva la Universidad Nacional de México:

www.jornada.com.mx/2016/07/12/opinion/016a2pol - 2016/07/12.

XII.- La cosmovisión y el universalismo

«Mas nades se crea ofendido, pues a ninguno incomodo,
y si canto de este modo por encontrarlo oportuno
no es para mal de ninguno sino para bien de todos».

José Hernández – Martín Fierro

Se puede decir de toda América lo que Octavio Paz [31] (1914-1998) dice de Méjico: «Bajo las formas occidentales laten todavía las antiguas creencias y costumbres. Esos despojos, vivos aún, son testimonio de la vitalidad de las culturas precolombinas». Si hablábamos de que

³¹ Poeta, escritor, ensayista y diplomático mexicano, Premio Nobel de Literatura 1990. Se le considera uno de los más grandes escritores del siglo XX y uno de los grandes poetas hispanos de todos los tiempos.

sorprenden algunas actitudes respecto del uso de la palabra mestizaje, se puede observar la facilidad con que se la utiliza para hacer referencia a la mezcla de blanco y negro o indio. La reticencia se encuentra en la utilización del mismo concepto cuando se habla de culturas o etnias europeas y los sucesivos entrecruzamientos históricos entre ellas. Acaso, ¿es menos mestizo un alemán, o un inglés? con sólo revisar la historia nos daremos cuenta inmediatamente de la verdad. Y la raza superior ¿no era ella misma mestiza?, ¿los arios no son el producto de diversos mestizajes asiáticos durante siglos?, ¿por qué, entonces, estas dificultades tan abonadas por los prejuicios?, ¿por qué tanta resistencia a la utilización y aceptación de la palabra para hacer referencia a un hecho humano universal? Así podemos apreciar como se reitera la dificultad. Dificultad que es necesario exponerla para que podamos tomar conocimiento de su presencia, muchas veces enmascarada.

Volvamos a leer a Dussel para analizar cómo se ha producido este mismo proceso en las Nuevas Tierras y percibir como se entrelazan, con sus particularidades específicas, historias no tan diferentes a las del mundo europeo:

«Nace así lentamente, una Cristiandad americana –muy diversa de la medieval europea- que va integrando evolutivamente sus diversos elementos hasta madurar en el siglo XVIII. Nueva ruptura en el siglo de la independencia y la organización, nuevo aporte étnico y cultural, técnico y de civilización; se originan así el racimo disperso de Naciones latinoamericanas que en su dialéctica búsqueda van al encuentro de su destino. Ese destino ha de ser la autoconciencia de la existencia latinoamericana integrada no sólo en la historia mundial, sino efectivamente en la civilización universal que se avecina en el horizonte».

Esta necesidad de asumir Latinoamérica como marco de toda reflexión con proyección hacia un futuro distinto, más justo, más equitativo, utópico, como nuestro fundamento, es una exigencia para desarrollar un pensamiento autónomo, que no desconozca los aportes de las otras culturas, como ya quedó dicho más arriba, pero que los reciba y metabolice desde una personalidad histórica madura. Agrega Dussel:

«Creemos que lo esencial, para la reflexión humanística -que se encuentra o debiera encontrarse en la base de toda acción social, sindical, política, cotidiana- es estudiar, analizar, describir el mundo latinoamericano, y, evidentemente, como su último y más radical elemento, la perspectiva desde y con la cual el latinoamericano descubre, se le manifiesta, se le patentiza el ser en general: la existencia».

Debemos incorporar, llegados a este punto, dos conceptos que son utilizados con relación a lo que venimos tratando, sin la debida reflexión previa, ellos son: *cosmovisión* y *universal*. Detengámonos en el primero. Probablemente el primero en proponer su uso, como un concepto que expresa una actitud de la conciencia en su acto de enfrentar el mundo circundante, haya sido Wilhelm Dilthey [32] (1833-1911). Este filósofo arrojó al debate el vocablo "Weltanschauung" —

³² Filósofo, historiador, sociólogo, psicólogo alemán. Estudió teología en Heidelberg, y ocupó la cátedra de filosofía de la Universidad de Berlín de Basilea, Kiel, Breslau (actual Wroclaw, Polonia). Estudiante de la hermenéutica (estudio de las interpretaciones y significados de textos) en las universidades de Berlín combatió el dominio ejercido en el ámbito del conocimiento por las ciencias naturales 'objetivas'; pretendía establecer una ciencia 'subjetiva' de las humanidades.

Welt = mundo, y anschauen = observar—, que fue traducido como “cosmovisión” o como “concepción del mundo”.

Ambas traducciones contienen la idea, expresada por el filósofo alemán, de una estrecha relación entre el contexto histórico en el que nace el hombre y su modo de entenderlo. Una cosmovisión define, entonces, a partir de esa toma de posición conceptos cotidianos que se aplican a todos los campos de la vida, desde la política, la economía o la ciencia hasta la religión, la moral o la filosofía. Esa concepción está condicionada por el punto, asumido o no, desde donde se contempla el mundo, que se convierte por esa misma operación, en *su mundo*, sea ésta un sujeto individual o colectivo.

Pasemos al vocablo *universal*. Para una primera aproximación, leamos una reflexión que nos propone Juan D. García Bacca^[33] (1901-1992) en torno al contenido y origen de este concepto:

«Si la etimología de una palabra encerrara el logos o logia de lo auténtico, de lo étymon, de lo que una cosa es, la esencia de universo, de universalidad y de universidad, descubiertas por su etimología, por su partida de nacimiento en palabras, vendrían a decirnos que todos ellos: universo, universalidad y universidad conspiran, aspiran, inspiran, -y para agotar los compuestos de spirare-, expiran hacia o contra unidad o de unidad o con unidad. La universidad es, pues, una institución de Unidad, de unificación, cuando universum, universo, es vivido y sido como hacia (versus) unum».

Si nos remontamos al origen griego, *kath' ólou*, universalidad totalizante en Aristóteles, de la que se desprende la palabra catolicidad como universalidad. De allí que *la universalidad es el resultado de un modo de enfrentar el universo, un modo que adquiere un pueblo, una cultura, desde la cual se enfrenta a esa totalidad*. Por lo que *esa totalidad* lo será para aquel que la está definiendo con su postura, es en sentido similar a *cosmovisión*, un modo necesario de recortar de una totalidad inasible una porción alcanzable por parte de alguien, individual o colectivo, también.

Las dos raíces que componen lo universal (unum – versus) suponen que la confrontación de ambos confluye en una unidad configurada por el punto de partida de quien observa. Así emerge la verdad de ser “una-versión”. En ese sentido la *universalidad* de las universidades medievales y renacentistas era expresada sobre la base de compartir entre ellas, por cada lado, *una versión del mundo y ambas se diferenciarían, a su vez, de la universalidad de las modernas*.

XIII.- Universalidad y particularidad de la cultura

El profesor José Álvarez Junco³⁴ ubica el concepto “civilización” en el contexto histórico de su

³³ Filósofo español nacionalizado venezolano. De 1928 a 1932 amplió estudios en Munich, Friburgo y París, orientándose hacia la física y la matemática. Profesor de Introducción a la Filosofía de la Universidad de Santiago de Compostela. La Universidad Autónoma de Barcelona en 1984, le brinda un Homenaje como profesor y primer doctor de la misma. La Universidad Complutense de Madrid en 1985 le otorga el Doctor Honoris Causa.

³⁴ Es un historiador y escritor español, que ha sido catedrático emérito de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Políticos y Sociales en la Universidad Complutense de Madrid.

aparición, y dice:

«La primera vez que se habló de "civilización" fue en el siglo XVIII, en el marco conceptual de la teoría del progreso... Durante todo el siglo siguiente formó parte de la visión progresiva de la historia humana, según la cual la evolución social consistía en una constante elevación de los niveles morales y materiales de vida, gracias fundamentalmente al avance del saber. Civilización equivalía a refinamiento o progreso... La raíz etimológica nos revela cuánto debía la imagen a la comparación entre la ciudad y el campo: civilizado, como cívico o civil, tenía su raíz en cives o civitas; más expresivo aún era el término "urbanidad", que también equivalía a cortesía y educación».

Otro modo de definir el concepto "civilización" y que hoy tiene un uso mucho más normal, entendido esto como de aceptación generalizada, es convertirlo en un equivalente de "modernidad". Esta "modernidad" es calificada como tal desde una concepción de la vida social que se apoya, ante todo, en el progreso científico y tecnológico. Se supone que los conocimientos que se generan contribuyen al bienestar social de la población en general y que, en la fase de globalización cultural en la que se acepta que ha entrado el planeta, tiende a convertirse en el paradigma común para el conjunto de la humanidad. Detengámonos aquí y sigamos viendo otras posibles definiciones.

En un párrafo, muy citado por los investigadores por la autoridad que se le reconoce, el antropólogo Clifford Geertz [³⁵] (1926-2006) definió la cultura como:

«El conjunto de formas simbólicas públicamente disponibles (ritos, arte, ceremonias, lenguaje, tradiciones, todo lo que ayuda a conformar comportamientos y actitudes dentro de una comunidad) a través de las cuales un conjunto humano experimenta y expresa significados, lo cual le permite construir un pensamiento abstracto, comunicarse de forma compleja, perpetuar y desarrollar sus conocimientos y sus actitudes frente a la vida».

Simplificando se puede decir: la cultura es el conjunto de los usos y relaciones sociales, de los aspectos simbólicos, de las conductas aprendidas, de esa herencia social que no depende de la biología, en su modo de transmisión genética. Para relacionarla con el concepto "civilización", la cultura sería, así, el conjunto de formas de expresión de los valores que orientan las conductas y la utilización de los instrumentos proporcionados por la civilización científico-técnica. Dejo anotado, para destacar una habitualidad de este tipo de definiciones, *el carácter técnico de sus enunciados*, de modo tal que se le puede aplicar a una comunidad africana o a una ciudad alemana.

Con un tono más aséptico todavía, habitual en la sociología estadounidense, la profesora Ann Swidler [³⁶], despoja la definición de cultura sosteniendo que, para ella, no es un conjunto de preferencias ni de valores, sino una «caja de herramientas» — nótese el término técnico, un instrumento utilizable para variados propósitos — agrega que también puede entenderse como «un repertorio de hábitos, de formas de comportamientos, de técnicas para conseguir fines».

³⁵ Antropólogo estadounidense, se doctoró en Filosofía en Harvard, fue profesor del Institute for Advanced Study, de la Universidad de Princeton, Nueva Jersey.

³⁶ Ann Swidler, egresada de la Universidad de Berkeley, California, Doctora PhD en Harvard, es Profesora de Sociología en Berkeley.

Entonces las coloca al servicio de las necesidades humanas, sin definir cuáles son éstas, afirma que son universales:

«Todos los seres humanos tienen y han tenido siempre, en definitiva, a lo largo de la historia los mismos objetivos: asegurar su supervivencia, alcanzar el mejor nivel posible de bienestar y confort, protegerse y proteger a los suyos. Pero cada grupo ha elaborado y heredado una imagen diferente del entorno en que se mueve, de la forma en que se debe actuar en él para poder alcanzar esos fines».

Si bien, en la antropología académica se define el concepto cultura con carácter universal, como para que pueda convertirse en un instrumento apto para el análisis de los diversos casos, no deja de reconocerse que debe, desde luego, «hablarse de varias, o muchas, posibles culturas». Porque, «aunque las necesidades humanas sean universales, las maneras de satisfacerlas varían». Cultura sería precisamente:

«El conjunto de instituciones, tradiciones, técnicas, costumbres, que caracterizan a un grupo humano y lo delimitan histórica y geográficamente; es decir, lo que hace que una sociedad sea una entidad coherente y distinta a otras».

Sin embargo, y para ello no se debe ser extremadamente astuto, queda flotando algo que podría definirse de este modo: "se acepta la variedad de culturas, cada una con sus rasgos propios, pero ello no representa más que variaciones sobre un mismo tema, si se me acepta la analogía musical. Estas variaciones son superficiales, dado que las «necesidades humanas son universales», según se afirma, lo que subyace es una unidad esencial a todos los hombres. Pues bien, ¿qué se entiende por ello? Radica aquí el problema que venimos merodeando desde el comienzo de estas páginas, que ahora podemos plantear así, según lo señala el profesor Álvarez Junco:

«Tras la desaparición de los regímenes comunistas, y según la fórmula del "fin de la historia" propugnada por Francis Fukuyama, este ideal o modelo compartido tendió a ampliarse, al menos en Occidente, a los terrenos económico y político, y pasó a incluir la libre empresa capitalista y un sistema de poder garantizado por normas estables y asentado en instituciones legitimadas democráticamente»

Se podría decir acá que las definiciones propuestas no están muy lejos de lo que ya quedó definido como una cosmovisión y, agregar, además, después de leer esta última cita, que esa cosmovisión corresponde al proyecto de la "globalización", dentro de la cual se pretende una homogeneización cultural que se expande aceptando las pequeñas variaciones de las particularidades regionales, siempre y cuando todas consuman Coca-Cola y hamburguesas McDonalds.

XIV.- Algunas reflexiones finales

"La visión de mundo que creó la crisis no puede ser la misma que nos saque de la crisis".

Albert Einstein (1879-1955)

El recorrido realizado, revisando parte de la producción intelectual europea, tuvo por objeto demostrar uno de los orígenes del modo de pensar la historia, con todas las categorías utilizadas que se han presentado como una *forma natural del análisis* y que hemos heredado de allí. Utilizo el vocablo *natural* en el sentido que le han dado las ciencias sociales para remarcar la aparición de conceptos propios de cada etapa histórica y cultura correspondiente, pero que se utilizan como inmodificables, como parte de una naturaleza ajena a la voluntad humana. Se oculta de ese modo la carga ideológica que portan y que condiciona el modo de pensar.

La marca indeleble que dejó Hegel en la conceptualización del proceso histórico, desde la mirada de la burguesía triunfante del siglo XIX, no ha sido borrada de las mentes de nuestros investigadores y profesores académicos. Esa matriz colorea gran parte de la producción historiográfica por lo que impide la elaboración de una narración desde, para decirlo en palabras de Franz Fanon^[37] (1925-1961), *los condenados de la Tierra* o en las de Ignacio Ellacuría (1930-1989) *los excluidos de la tierra*.

La liberación de los pueblos requiere la recuperación de la propia historia para reelaborar su identidad cultural. Ésta no puede construirse desde la mirada del dominador que distorsiona la imagen de los hombres y de los pueblos. Se torna imperioso rastrear los orígenes de cada cultura, encontrar allí sus idiosincrasias, sus sentires, las comprensiones y cosmovisiones auténticas que abran el camino del reencuentro con sus tradiciones, valores, leyendas, para configurar la posibilidad de un futuro esperanzador.

En este intento se presenta como proceso inevitable *la revisión crítica de las categorías de pensamiento*, es decir, el entramado de ideas, imágenes, sensaciones, emociones que condicionan necesariamente el modo de pensar. El proceso de socialización, más el educativo, que se inician desde el nacimiento del niño, va configurando la mente para percibir el mundo en que nos vamos introduciendo. Es decir, *una cosmovisión*. Este largo transcurso de nuestra maduración se va produciendo, en gran parte, inconscientemente, por ello opera a *nuestras espaldas*, sin que responda a nuestra voluntad, en otras palabras: lo *naturalizamos*. Por tal razón, la tarea crítica nos vuelve a enfrentar con nuestra biografía intelectual —entendida ésta como la estructuración mental que resulta de nuestra educación, en el sentido más amplio del término que excede lo institucional— y allí debemos emprender una actividad reparadora y reconstructora que nos emancipe de la carga de prejuicios —con guion para subrayar lo que son *juicios previos* a su análisis— que fueron poblando nuestra conciencia y que hemos estado viendo en las páginas anteriores.

Tomar nota de este proceso nos permite ponernos en alerta respecto de algunas ideas que han ido apareciendo y que hubieran debido provocar un rechazo inmediato cuando no fueron debidamente reflexionadas. No pretende esto arrogarse la pretensión de ser portadoras de una verdad revelada. Sólo proponen entrar en un debate que permita ventilar mucho de todo aquello que hemos recibido sin la posibilidad de haberlo pasado por el tamiz de la crítica ideológica.

Si algo de todo ello se ha logrado, si por lo menos se ha conseguido poner sobre la mesa de

³⁷ Fue un revolucionario psiquiatra, filósofo y escritor francés cuya obra es muy influyente en los campos de los estudios poscoloniales, la teoría crítica y el marxismo. Es conocido como un pensador humanista existencial radical en la cuestión de la descolonización y la psicopatología de la colonización.

las ideas políticas, culturales, científicas, la necesidad de pensar sobre todo lo propuesto, este trabajo habrá logrado, en parte, su cometido.